LA ESCUELA
DE LAS MUGERES.

COMEDIA

EN CINCO ACTOS EN VERSO

DE MOLIERE,

TRADUCIDA

POR D. JOSEF MARCHENA.

DE ÓRDEN SUPERIOR.

ADRID EN LA IMPRENTA REAL

AÑO DE 1812.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÁS

N.º de la procedencia
2128

~~AL REY~~

~~NUESTRO SEÑOR.~~

A José Napoleon

SEÑOR:

Testimonio indeleble de la
protección que dispensa V. M.
las letras humanas será esta
traduccion de Moliere, dada

721438

á luz á expensas de la Imprenta Real por órden de V. M. En un tiempo en que las calamidades públicas tanto han disminuido los recursos del Real Erario, la próvida mano de V. M. halla todavía medios de amparar á los amantes de las Musas; y en el reynado de V. M., en medio de los disturbios de una guerra intestina, han resonado por la vez primera en el teatro de la Corte los acentos del Príncipe de los antiguos y modernos Cómicos, vueltos en idioma castellano, no con aquella impropiedad y desaliño que en otra

versiones anteriores los habian afeado. Feliz yo si consigo no desmerecer, en las comedias de este grande ingenio que me quedan por traducir, el concepto que han debido á V. M. las que ya se han representado, y por el qual se ha dignado permitirme que saliesen baxo su soberano auspicio.

SEÑOR:

A L. R. P. de V. M.

Josef Marchena.

SEÑOR:

A L. R. P. de V. M.

PRÓLOGO.

Sale á luz la *Escuela de las Mugeres* de Moliere, representada en el teatro de la Corte, y traducida por la misma pluma que puso en castellano el *Hipócrita*. Sucesivamente se irán publicando las otras comedias de Moliere; y si el traductor da felice cima á tan ardua empresa, sacará el público español la imponderable utilidad de poseer en el idioma patrio el mas perfecto dechado de la buena comedia; y los extrangeros que quieran aprender nuestra lengua el de hallar un libro que, con las comedias de Moratin y otros pocos mas de los coetáneos, les enseñe la habla castellana sin resabios de idiotismos ó afrancesados ó tudescos, y en todo caso bárbaros, que esta desconoce.

Se irán publicando las comedias de Moliere cada una de por

sí, y á medida que se fueren representando. Como apéndice de esta version saldrán, adjuntas á algunas de ellas, disertaciones acerca de nuestro teatro, en que, sin disimular los gravísimos yerros en que incurrieron nuestros antiguos Poetas, haremos notar las hermosuras que á vueltas de ellos en sus producciones se encuentran. Trataremos en otras de la comedia francesa, del teatro cómico en general &c.; de modo que la coleccion de estos discursos pueda ser reputada por una Poética de la comedia.

PERSONAS.

DON LIBORIO CARRASCO, *ó el Vizconde del Atochal.*

DOÑA ISABELITA, *hija de D. Henrique.*

DON LEANDRO, *amante de Doña Isabelita, hijo de D. Pablo.*

DON ANTONIO, *amigo de D. Liborio.*

DON HENRIQUE, *cuñado de D. Antonio, y padre de Doña Isabelita.*

DON PABLO, *padre de D. Leandro, y amigo de D. Liborio.*

COSME, *villano, criado de D. Liborio.*

BLASA, *villana, criada de D. Liborio.*

UN ESCRIBANO.

La escena en Madrid, plazuela de las Comendadoras de Santiago.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, DON LIBORIO.

D. ANTONIO.

¿Dice usted que va á casarse?

D. LIBORIO.

Y sin pasar de mañana.

D. ANTONIO.

Amigo, aquí estamos solos,
y nadie oye lo que se habla.
¿Quiere usted que diga claro
lo que pienso? Aventurada
resolucion me parece
a de usted, y aun temeraria.
Mucho temo que estas bodas
e han de salir á la cara.

D. LIBORIO.

No extraño yo esos temores.
Usted, sin salir de casa,
caso encuentra motivos
istos de miedo, y le espanta
ni suerte ya de antemano.
o la frente levantada
ndaré siempre, y no hay miedo
ue me la agovie la carga.

D. ANTONIO.

Esos, compadre, son golpes
de la fortuna voltaria,
que no pueden remediarse,
y son precauciones vanas
y necias quantas se toman
contra ellos. Aquí la causa
de que me asusten sus bodas
es tanta pesada chanza
con que usted á mil maridos
los zahiere en todas quantas
ocasiones se presentan,
pregonando quanto indaga,
sobre ocultos galanteos.

D. LIBORIO.

¿Quién, sin ser Job, aguantára
la paciencia y sufrimiento
de tanto marido que anda
por Madrid? En esta tierra
son de condicion tan mansa
los hombres, que es un prodigio.
Aquel sin cesar afana
por amontonar dinero,
que luego su muger gasta
con quien le mete en el gremio.
De estotro es menos contraria
la estrella, que mil galanes
á su esposa la regalan,
y él mui sosegado piensa
que obsequian así sus raras
virtudes, y el mui babieca

no advierte su propia infamia.
Uno mete mucha bulla,
que no le sirve de nada:
otro lo consiente todo;
y asi que ve entrar en casa
el cortejo, en diligencia
coge el sombrero, y se marcha.
Aquella dice al marido
que la requiebra con ansia
Don Cirilo, y le recibe
muy tiesa y muy remilgada
quando está el tonto delante,
que se le cae la baba,
y compadece al galan,
sin que haya para ello causa.
Otra se feria mil joyas,
y dice que juega y gana;
y sin saber á qué juego,
el marido se lo traga,
dándole gracias á Dios
de que le pinten las cartas
bien á su muger. Por fin
es cuento que no se acaba
la historia de los maridos.
¿Y quiere usted que yo no haga
escarnio de tanto necio
como....?

D. ANTONIO.

Y si la suerte varia
le mete en la cofradía
á usted, ¿no ve con qué ganas

le van á hacer el buz todos?
Y no mal se le empleára.
Tambien yo oigo á muchas gentes
que de galanteos hablan,
y refieren mil historias,
ó verdaderas ó falsas,
de maridos engañados,
y de mugeres livianas.
Pero aunque yo desapruebe
la sobrada tolerancia
de muchos, y nunca aguante
ciertas cosas en mi casa,
que otros llevan con paciencia,
nunca digo una palabra;
porque puede ser que un dia
me coja la rueda, y hagan
burla de mí los burlados.
Asi que, si de mi mala
estrella el influxo quiere
que alguna desdicha humana
venga sobre mi cabeza,
si de ella las gentes hablan,
tendré al menos el consuelo
que lo dirán en voz baxa;
y acaso se encontrará
tambien alguna buen alma
que se duela de mi suerte;
pero usted, compadre, se halla
en situacion muy distinta:
y habiendo siempre hecho tanta
rechifla de los maridos

que motejan de cachaza,
guarte si no anda derecho;
que en las calles y en las plazas
no lluevan sobre usted pullas,
y no tomen tal venganza
los agraviados....

D. LIBORIO.

¡Dios mio!
No tema usted que tal hagan.
Aquel que me la pegare,
á fe que ha de tener maña.
¿Piensa usted que no sé yo
las picardías, las trampas
que acostumbran las mugeres,
y con que á los tontos clavan?
Para que no puedan darme
papilla, la que se casa
conmigo es tan inocente
como los niños que maman.

D. ANTONIO.

¿Y quiere usted que una tonta...?

D. LIBORIO.

Una tonta es una alhaja
para no volverse tonto.
No pretendo poner tacha
á su muger de usted; pero
una discreta es muy mala
de guardar: sí, amigo mio;
algunos sé yo que rabian
porque sus mitades son
ladinas. No es mala carga;

una marisabidilla
que hable en culto, escriba cartas
en frances, componga coplas,
y vengan á visitarla
los marqueses, los autores
le lean versos, y el mandria
del marido en un rincon
se esté, sin que ninguno haga
caso de él; y si pregunta
alguno *¿quién es?* madama
responda: *ese es mi marido.*
No quiero muger con tanta
inteligencia: la mia,
si de hacer quartetas tratan
de repente, y dan por pie
guárdate del agua mansa,
quiero que responda al cabo
de una media hora muy larga
San Crispin fue zapatero:
pretendo, en una palabra,
que sea tan ignorante,
que esté su ciencia cifrada
en coser, hacer calceta,
rezar, y con eso basta.

D. ANTONIO.

¿Es usted aficionado
á las simples?

D. LIBORIO.

Y con tantas
veras, que una tonta fea
mas que una aguda me agrada

con hermosura.

D. ANTONIO.

¿El talento,
la beldad...?

D. LIBORIO.

La honradez basta.

D. ANTONIO.

¿Pero cómo quiere usted
que una simple sea honrada,
ni sepa serlo? Ademas
de ser muy pesada carga
el pasar con una boba
toda su vida, es fianza
mala para la mollera
de un marido la ignorancia
de su muger. Una aguda,
quando á su obligacion falta,
es porque quiere: una tonta
sin saber que nos agravia
nos puede dar que sentir.

D. LIBORIO.

A un argumento de tanta
fuerza respondo, compadre,
como hizo Teresa Panza
á Sancho quando queria
que fuera condesa Sancha.
El dia que con muger
discreta yó me casára,
aquel dia hiciera cuenta
que por mi entierro doblaban.

D. ANTONIO.

No hablo mas.

D. LIBORIO.

Cada uno tiene
sus ideas, y se trata
de hallar novia que me pete.
Mi caudal es el que basta
para escoger por esposa
muger que no tenga nada,
y que blasonar no pueda
de riqueza ó sangre hidalga.
La que me va á dar la mano
es hija de una villana:
quatro años no mas tenia
quando me prendó su cara,
que es bonitilla y graciosa:
su madre estaba muy falta
de conveniencias, y á mas
de otros seis hijos cargada;
yo se la pedí, y contenta
me la dió: para criarla
escogí unas Monjas pobres
de un pueblo allá de la Alcarria,
y la puse á pupilage.
Di órden que no le enseñaran
cosa que pudiera abrirle
los ojos; y su ignorancia,
gracias á Dios, es tan grande,
que excede á mis esperanzas.
La he sacado del convento
viendo que me deparaba

en ella el cielo muger
qual anhelé por hallarla
siempre en vano; la he traido
conmigo; y como mi casa
está en el centro, y no quiero
que vengan á visitarla
mis conocidos, tomé
otra en esta solitaria
plazuela para que viva
ella; y para que nunca haya
tapujos de vecindad
la alquilé toda. En compañía
suya tengo dos criados,
simples como ella. Tan larga
historia he contado, amigo,
á usted, porque vea quantas
precauciones he tomado
para evitar la desgracia
de otros maridos; y como
tengo tanta confianza
en usted, para cenar
hoy le convido en su casa.
Usted la conocerá,
y dirá si es acertada
mi eleccion.

D. ANTONIO.

En hora buena.

D. LIBORIO.

Usted verá si le agrada
su persona, y su inocencia.

D. ANTONIO.

Sobre la última me basta
con lo que me ha dicho usted.

D. LIBORIO.

Pues no la exâgero en nada,
y acaso me quedo corto.
A cada instante me pasma
con su candor: cosas dice
que me hacen á carcajadas
soltar la risa: tres dias
hace que me preguntaba
si las mugeres parian
los muchachos por la manga
de la camisa.

D. ANTONIO.

Me alegro,
Señor Carrasco...

D. LIBORIO.

Es extraña
cosa que me llame siempre
usted así.

D. ANTONIO.

Por màs que haga,
el título de Vizconde
del Atochal se me pasa.
¿Y quién diablos le metió
á usted en que titulára
á los quarenta y dos años,
quando nadie de su casa
fue Baron ni Conde nunca?
¡El dinero que malgasta

para comprar ese título,
y en lanzas y media anata,
en mejorar sus haciendas
quánto mejor se empleára!

D. LIBORIO.

Ademas de que asi doy
nuevo realce á mi casa,
me suena bien al oido
quando el Vizconde me llaman.

D. ANTONIO.

¡Raro capricho por cierto!
El apellido que usaban
nuestros padres repugnar,
tomando una enrevesada
denominacion, en prueba
de que corre sangre hidalga
por nuestras venas. Me acuerdo
de un zapatero que ansiaba
porque sus hijos tuvieran
apellido de prosapia
ilustre; al tal zapatero
Gil Fernandez le nombraban,
y aunque estaba bien, casó
con una que mendigaba,
solo porque su apellido
era de Córdoba; aun anda
hoy por Madrid, y Fernandez
de Córdoba á su hijo llaman.

D. LIBORIO.

Pudiera usted excusar
el cuento: en una palabra,

Vizconde del Atochal
es el nombre que me agrada,
y el de Liborio Carrasco
siempre desazon me causa.

D. ANTONIO.

Segun eso, muchas gentes
á usted, amigo, le enfadan,
y yo he visto sobreescritos....

D. LIBORIO.

Los que escriben esas cartas
no saben que he titulado.
Pero usted....

D. ANTONIO.

Compadre, basta,
que yo me acostumbraré
en adelante, sin falta,
á llamar á usted Vizconde
del Atochal.

D. LIBORIO.

Voime á casa
de mi novia á verla un rato,
que he llegado esta mañana
de la hacienda, y no la he visto.

D. ANTONIO.

Aparte yéndose.

Es de condicion extraña.
Tiene su vena de loco.

D. LIBORIO.

La cabeza algo tocada.
¡En tocando ciertas cuerdas
de tal modo disparata!

Quando un hombre se encasqueta
con algo, no se lo sacan
de la cabeza

Llamando á la puerta.

Abran luego:
muchachos: ¿no oyen?

ESCENA II.

D. Liborio, Cosme y Blasa dentro de casa.

COSME.

¿Quién llama?

D. LIBORIO.

Abre aqui. (*ap.*) ¡Con quánto gusto
me recibirán en casa
habiendo estado diez dias
en el campo!

COSME.

¿Quién?

D. LIBORIO.

Yo.

COSME.

¡Blasa!

BLASA.

¿Qué quieres?

COSME.

Abre la puerta.

BLASA.

Abre tú.

COSME.

No me da gana.

BLASA.

Ni á mí tampoco.

D. LIBORIO.

Por cierto
no está la contienda mala,
¡y yo en la calle! ¿No me oyen?

BLASA.

¿Quién da golpes?

D. LIBORIO.

¡Oh, mal haya!
Yo soy, yo.

BLASA.

Cosme.

COSME.

¿Qué dices?

BLASA.

Que es el amo, ¿no oyes?

COSME.

Anda
tú.

BLASA.

¿No ves que estoy majando?

COSME.

Y yo porque no se salga
el canario estoy teniendo
cuidado con esta jaula.

D. LIBORIO.

El que no abriere al instante
ni un solo bocado cata

en tres dias.

BLASA.

¿Á qué vienes,
si voy yo?

COSME.

Pues no está mala.
Antes soy yo.

BLASA.

Vete.

COSME.

Vete
tú.

BLASA.

Yo quiero abrir.

COSME.

Mañana.
Si he de abrir yo.

BLASA.

Ya veremos.

COSME.

Pues ni tú.

BLASA.

Ni tú.

D. LIBORIO.

Ya pasa
de raya la tontería.

COSME.

Saliendo á la puerta.
Yo he sido.

BLASA.

Saliendo.

Mientes, que estaba antes yo.

COSME.

Si no estuviera el amo aqui, te enseñára yo.

D. LIBORIO.

Recibiendo un manotazo de Cosme.

¡Pícaro!

COSME.

Usted perdone.

D. LIBORIO.

¡Haya bruto!

COSME.

Si es muy mala, señor.

D. LIBORIO.

Ea, callen ambos, y respondan. ¿Hay en casa, Cosme, alguna novedad?

COSME.

Señor.

D. Liborio le quita el sombrero de la cabeza, y Cosme se le vuelve á poner.

A Dios gra...

D. Liborio se le quita otra vez, y Cosme se le pone.

A Dios gracias estamos bue...

D. LIBORIO.

Quitándole el sombrero y tirándole.

Majadero,
¡el sombrero puesto me hablas!

COSME.

Es verdad; si soy un bruto.

D. LIBORIO.

A Cosme.

Corre, y di que baxe al ama.

ESCENA III.

Don Liborio, Blasa.

D. LIBORIO.

¿Ha sentido Isabelita
mucho estos dias mi falta?

BLASA.

¿Sentirlo? no.

D. LIBORIO.

¡No¡

BLASA.

Sí tal.

D. LIBORIO.

Pues ¿por qué?

BLASA.

Se figuraba
cada instante que venia
usted, y asi á la ventana
se asomaba quando oia
ruido; y un macho con carga,
qualquier caballo ó borrico,

que por la calle pasára,
se pensaba que era usted.

ESCENA IV.

Don Liborio, Doña Isabelita, Cosme, Blasa.

D. LIBORIO.

¡Con la costura agarrada!
¡Buena señal! Isabel,
¿No te alegras de verme, habla,
de vuelta de mi viage?

D.ª ISABEL.

¡Ay! Sí señor, á Dios gracias.

D. LIBORIO.

Yo tambien celébro mucho
verte tan buena y tan guapa.
¿Ha ido bien?

D.ª ISABEL.

Menos las pulgas,
que por las noches me matan.

D. LIBORIO.

Ya tendrás quien las espante.

D.ª ISABEL.

Me alegro.

D. LIBORIO.

Ya lo pensaba
asi yo. ¿Qué estás haciendo?

D.ª ISABEL.

Un jubon de mangas largas.
Las camisas de dormir

de usted ya estan acabadas.

D. LIBORIO.

Está muy bien: anda arriba,
y un rato muy breve aguarda,
que quiero evacuar ahora
un asunto de importancia.

ESCENA V.

D. Liborio solo.

D. LIBORIO.

Diganme ustedes, señoras,
las cultas latiniparlas,
las que repasan novelas,
y de prosa y verso fallan,
si todo su saber vale
tanto como la ignorancia
ingenua, el candor amable
de esta inocente muchacha.
Aquel que porque su novia
es noble y rica se casa,
no se queje, si despues
le aconteciere desgracia.....

ESCENA VI.

D. Leandro, D. Liborio.

D. LIBORIO.

¿Qué miro? ¿me engaño? ¿es él?
No... si... no... si tal... la cara...

Le...

D. LEANDRO.

Señor Don Li...

D. LIBORIO.

Leandro.

D. LEANDRO.

Señor Don Liborio.

D. LIBORIO.

¡Quánta dicha! ¿Quándo llegó usted?

D. LEANDRO.

Ayer hizo una semana.

D. LIBORIO.

¿De veras?

D. LEANDRO.

Estuve á verle á usted; mas no le hallé en casa.

D. LIBORIO.

Estaba en el campo.

D. LEANDRO.

Ya lo supe.

D. LIBORIO.

El cielo me valga. Qué alto que está, qué buen mozo! Quién le vió, que no me daba mas arriba que mi muslo!

D. LEANDRO.

Ya usted ve.

D. LIBORIO.

¿Y padre en qué trata?

¿está bueno? ¡qué sugeto
tan lindo! ¡qué bella pasta!
A mí me interesan tanto
sus cosas; sí, pues ya pasa
de quatro años que le vi
la postrer vez, y ni carta
he tenido desde entonces
suya.

D. LEANDRO.

Pues mas salud gasta
que usted y que yo, robusto
y alegre como una pascua.
Quando me vine á Madrid
para usted me dió una carta;
pero en otra posterior
me avisa de su llegada
á la corte muy en breve,
y no me dice la causa
de su venida. ¿Conoce
usted á un hombre que llaman...?
No me acuerdo... él es Indiano,
y viene de Guatemala,
muy rico.

D. LIBORIO.

Si usted no dice
su nombre.

D. LEANDRO.

Tengo tan mala
memoria... ¡Ah! sí, Don Henrique.

D. LIBORIO.

No le conozco.

D. LEANDRO.

Pues me habla
de él mi padre, qual si yo
debiera tener muy largas
noticias de este sugeto,
y juntos los dos viajan
en un coche de colleras
que viene á Madrid.

D. Leandro entrega una carta de D. Pablo á D. Liborio.

D. LIBORIO.

¡Con quánta
satisfaccion le veré
quando quiera honrar mi casa!

Habiendo leido la carta.

Todos estos cumplimientos
son cosa muy excusada
tratando con un amigo:
sin gastar pólvora en salvas
disponga usted de mi bolsa.

D. LEANDRO.

Pues le cojo la palabra
á usted, amigo, al instante:
justamente me hacen falta
cien doblones.

D. LIBORIO.

Aqui estan:
quiso Dios que los llevára.
Guárdese usted el bolsillo
tambien.

D. LEANDRO.

Un recibo...

D. LIBORIO.

Basta.

¿Cómo encuentra usted la corte?

D. LEANDRO.

Bellos paseos y casas,
muchísimas diversiones.

D. LIBORIO.

Aqui, amigo, nunca faltan.
Sobre todo los que gustan
de galantear las damas
tienen siempre en qué emplearse,
que se halla tal abundancia
de mugeres, que es portento,
y todas de buena pasta.
Los maridos muy bondosos:
as morenas y las blancas
de una índole tan suave,
ue es bendicion obsequiarlas.
Y quántos enredos urden!
i es una comedia; vaya,
á que en este corto tiempo
ue hace que llegó usted, anda
etido ya con alguna?
ábleme usted á las claras.
uerido, los buenos mozos
muy pocos dias ganan
ucha tierra, y los maridos
n ellos corren borrasca.

D. LEANDRO.

Si he de decir la verdad,
aqui en esta misma plaza
traigo cierto galanteo
entre manos, y no en mala
situacion.

D. LIBORIO.

¡Qué bueno es eso! *ap.*
Esto es lo que yo aguardaba,
que contar y que reir
á costa de alguien que clava
su casta mitad.

D. LEANDRO.

Mas fio
que de entre los dos no salga
el secreto.

D. LIBORIO.

No por cierto.

D. LEANDRO.

Son cosas tan delicadas,
que si á divulgarse llegan,
se echa á perder la maraña.
Es el caso que una hermosa
me tiene prendada el alma,
Y he logrado introducirme
en su casa con mi maña;
y no va mal el negocio:
lo digo sin alabanza.

D. LIBORIO.

Riéndose.

¿Y es?

D. LEANDRO.

Enseñándole la casa de Doña Isabelita.

Una niña, que habita
en esa casa inmediata
dada de verde, inocente;
como que ha sido criada
sin trato de gente, en fuerza
de la condicion extraña
de quien le dió educacion,
que es hombre de ideas raras.
Pero, aunque tan ignorante,
tiene mil sencillas gracias
que cautivan; unos ojos
tan tiernos, unas miradas
tan expresivas; yo al punto
que la vi le rendí el alma.
Pero acaso usted conoce
la beldad que me arrebata
los sentidos; es su nombre
Isabelita.

D. LIBORIO.

¡Qué rabia! *ap.*

D. LEANDRO.

Quien la guarda es un ricote,
que me parece se llama
Vizconde del Tronchal,
Estuchal, si no me engaña
memoria: un ente raro,
maniaco, segun hablan
las gentes; ¿es conocido

de usted?

D. LIBORIO.

El hombre me ensalza. *ap.*

D. LEANDRO.

¿Qué me dice usted?

D. LIBORIO.

Que sí le conozco.

D. LEANDRO.

¿Y no me engañan? ¿es loco?

D. LIBORIO.

He.

D. LEANDRO.

¿Qué es he? ¿sí?
Pues: quando lo dicen tantas
gentes, no han de equivocarse
todos; la cosa está clara.
Y zeloso como un diablo:
un majadero de marca.
Ello es que yo estoy perdido
de amor de la beldad rara
de Isabelita: es un dixe;
y á fe mia que dexarla
en manos de ese mostrenco
fuera cosa que clamára
venganza al cielo; el dinero
que usted me ha prestado es para
dar á esta aventura cima,
porque el oro, amigo, allana
estorbos, vence imposibles;

y en amor y en guerra acaba
con las mas arduas empresas.
¿Pero usted no dice nada,
y está serio? ¿Desaprueba
que siga la comenzada
aventura?

D. LIBORIO.

No; tenia
la cabeza algo....

D. LEANDRO.

Le cansa
á usted la conversacion.
Agur; iré á dar las gracias
por sus favores á usted.

D. LIBORIO.

Creyendo que se ha ido.
Satanás mismo....

D. LEANDRO.

Volviendo.
Que nada
epa nadie de este lance;
eserva y silencio.

D. LIBORIO.

Creyendo lo mismo.
El alma
e me....

D. LEANDRO.

Volviendo.
No lo diga usted
padre, que se enfadará.

D. LIBORIO.

Creyendo que vuelve.

¡Ah...!

ESCENA VII.

D. Liborio solo.

D. LIBORIO.

¡Ah! ¡qué rato me ha dado!
Nunca he tenido mas mala
media hora. ¡Con qué imprudencia
el tronera me contaba
á mí propio sus amores!
Con mi título se engaña.
Es cierto; y no se podia
figurar con quien hablaba.
¡Qué atolondrado! ¡qué loco!
Jamas vi tal tarambana.
Pero yo tambien debia
aguardar que se explicára,
habiendo aguantado tanto.
Cierto que fue mucha falta
de juicio no dexarle
que siguiera con su charla,
y averiguar de raiz
el estado en que se hallaba
su galanteo maldito.
Busquémosle sin tardanza,
que no puede haber andado
mucho; y sepamos con maña

si está ya muy adelante
su amor. Es mucha desgracia
averiguar ciertas cosas,
que mas valiera ignorarlas.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

D. Liborio solo.

D. LIBORIO.

Mirándolo bien, he sido
en no encontrarle dichoso,
que no me hubiera podido
reportar, porque estoy todo
nmutado, y no conviene
ue él sepa que soy yo propio
uien á Isabelita guarda;
ero no soy yo tan tonto
ue dexe que un mozalvete,
ue apenas le apunta el bozo,
onfunda todas mis tretas.
No; que yo sabré muy pronto
poner á sus amores
nsuperables estorbos.
verigüemos primero
n qué estado está el negocio.
o ya miro á la muchacha
mo si fuera su esposo;

no puede dar un tropiezo
sin que ceda en mi desdoro
y en mi deshonra: sin duda
fue tentacion del demonio
el irme, y dexarla sola.
¡Qué viage tan costoso!
Maldita mi ausencia sea.
Llama á la puerta.

ESCENA II.

D. Liborio, Cosme, Blasa.

COSME.

Esta vez abrimos pronto,
que....

D. LIBORIO.

Silencio. Ven aqui.
Anda acá tú. ¿Qué? estais sordos?
Con viveza, ó juro á Dios

BLASA.

¡Si pone usted unos ojos,
señor, que me mete un miedo!

D. LIBORIO.

Bribones, ¡ese es el modo
de cumplir con lo que mando!

BLASA.

Hincándose de rodillas.
¡Ay, señor! por San Antonio
no me coma usted.

COSME.

¿Le habrá *ap.*
mordido un perro rabioso?

D. LIBORIO.

La respiracion me falta. *ap.*
Paf; sin remedio me ahogo;
la gota sudo tan gorda.
Malditos, ¿con que aqui un mozo
A Cosme y á Blasa.
ha venido, mientras.... mira,
A Blasa, que se quiere escapar.
si te mueves.... oyes, tonto,
A Cosme, que tambien se quiere ir.
si te meneas.... ¿no he dicho
A Blasa que hace lo mismo.
que te estés quieta...? pues voto
A los dos que se quieren ir.
á Jesucristo que mato
á quien diere un paso solo.
¿Cómo fue él meterse en casa
ese hombre de mil demonios?
Vamos, responded apriesa;
sin pararse: pronto, pronto.
¿Con que no se me responde?

BLASA Y COSME.

¡Ay, ay!

COSME.

Hincándose otra vez de rodillas.
Señor, si estoy tonto
on el susto.

BLASA.

Hincándose tambien de rodillas.

Si no acierto.

D. LIBORIO.

Hecho una sopa estoy todo *ap.*
de sudor; mejor será
que aguarde á cobrar un poco
el aliento. ¿Quién dixera,
quando le via con otros
muchachos andar tirando
cantos y jugando al toro,
que habia de darme tanto
qué sentir en siendo mozo?
Estoy que pierdo el juicio.
Mas vale saberlo todo
de la propia boca de ella.
Moderemos el enojo,
y averigüemos el caso
sin cólera ni alboroto.
Paciencia, pecho, paciencia.

A Cosme y á Blasa.

Subid al punto vosotros,
y que baxe Isabelita.
Esperad. Mas bien escojo *ap.*
ir á llamarla yo mismo.
Le dirian lo furioso
que me he puesto, y no conviene
que lo sepa.... En este propio

A Cosme y á Blasa.

sitio me habeis de aguardar.

ESCENA III.

Cosme, Blasa.

BLASA.

¡Jesus, Cosme, qué rabioso!
De pies á cabeza tiemblo.
Si parecia un demonio.
¡Y qué feo que se pone!

COSME.

¿No te dixe yo que el otro
le enfadaria? ¿Lo ves?

BLASA.

¿Por qué querrá que nosotros
la guardemos á nuestra ama
tanto, y se pone hecho un toro
quando un mozo viene á verla?

COSME.

Eso, Blasa, es que los mozos
le dan zelos.

BLASA.

¿Y por qué
se los dan?

COSME.

Porque es zeloso.

BLASA.

¿Pues por qué lo es, y por qué
echa fuego por los ojos?

COSME.

Consiste eso en que los zelos....

¿Me entiendes...? son cosa.... como
si te clavára á tí
treinta agujas.... Mira: si otro,
quando tienes muchas ganas,
y estás comiéndote un pollo,
te quitára la mitad,
y se la zampára, ¡poco
te enfadáras!

BLASA.

¡Ya se ve.

COSME.

Pues, Blasa, del mismo modo
viene á ser, pintiparado.
Figúrate que es el pollo
la muger; que el hombre tiene
ganas; y viene un goloso
á comerse una pechuga,
ó cosa tal; el demonio
se le reviste en el cuerpo
con mucha razon al otro.

BLASA.

¿Pero por qué no se enfadan,
como hace mi señor, todos?
¿No ves tantas señoritas,
que andan con señores mozos,
y muy majos, sin que riñan
los maridos? Pues conozco
á muchas yo.

COSME.

Eso consiste
en que dexan á los otros

comer en su mismo plato,
porque no son tan ansiosos,
ni tan glotones.

BLASA.

El amo
viene, si no me equivoco.

COSME.

Tienes buena vista; él es.

BLASA.

¡Qué triste que viene!

COSME.

Como
que tendrá algun sentimiento.

ESCENA IV.

D. Liborio, Cosme, Blasa.

D. LIBORIO.

Un filósofo famoso *ap.*
de Grecia dió un buen consejo,
que debieran seguir todos,
al Emperador Augusto;
y fue que si mucho enojo
alguna cosa le diera,
en voz baxa y con reposo
dixera el abecedario
entero, que es un buen modo
de que se temple la cólera.
Yo lo veo por mí propio
en este lance; ya estoy

mas sosegado, y con tono
natural: á Isabelita
podré hablar, y saber todo
quanto pasa de su boca,
y averiguar con mañoso
artificio si ha llegado
el chasco á ser tanto como
me recelo. Estando el dia
tan sereno y tan hermoso,
la he llamado con achaque
de pasear, porque á fondo
me cuente el maldito lance,
que me trae vuelto tonto.
Aqui está ya.

ESCENA V.

D. Liborio, Doña Isabelita, Cosme, Blasa.

D. LIBORIO.

Isabel, vamos....
Vosotros adentro, pronto.
A Cosme y á Blasa.

ESCENA VI.

D. Liborio, Doña Isabelita.

D. LIBORIO.

Bueno está el paseo.

D.ª ISABELITA.

Bueno.

D. LIBORIO.

¡Y qué hermoso el cielo!

D.ª ISABELITA.

Hermoso.

D. LIBORIO.

¿Qué hay de nuevo?

D.ª ISABELITA.

Que se ha muerto aquel gatito tan mono.

D. LIBORIO.

¡Qué desgracia! Pero es fuerza conformarse, que al fin somos mortales: hoy se fue el gato, mañana iremos nosotros. ¿Ha llovido algo estos dias?

D.ª ISABELITA.

No.

D. LIBORIO.

Mientras estabais solos, ¿no te fastidiabas?

D.ª ISABELITA.

Nunca me fastidio yo.

D. LIBORIO.

Di, en todo este tiempo ¿qué te has hecho?

D.ª ISABELITA.

Seis camisas y seis gorros.

D. LIBORIO.

Despues de haber estado pensativo un rato.

¡Ah! ¡cómo miente la gente!
Vaya, ¡que tales embrollos
levantan! ¡Pues no me han dicho
los vecinos que aqui un mozo
entraba todos los dias,
y estaba las horas solo
contigo! ¡malditas lenguas,
y mentiras de envidiosos!
Yo quise apostar á que era
todo falso testimonio.

D.ª ISABELITA.

¡Jesus! Pues hubiera usted
perdido la apuesta.

D. LIBORIO.

¿Qué oigo?
¿Con que es la verdad que un hombre....

D.ª ISABELITA.

Tan verdad, que un punto solo
no se apartaba de casa.
Siempre junto á mí.

D. LIBORIO.

Aparte, en voz baxa.

¡Donoso
va el cuento! Pero á lo menos
es tal su candor, que en todo
dirá la pura verdad.
Pero si no me equivoco
te dixe que á nadie vieras *Recio.*

hasta volver yo.

D.ª ISABELITA.

Mas como
sucedió el lance, no pude
hacer menos; y lo propio
hubiera hecho usted que yo.

D. LIBORIO.

Puede; cuéntale.

D.ª ISABELITA.

Es gracioso,
y extraño sobremanera.
Estaba yo haciendo un gorro
al balcon, quando hete aqui
que acierta á pasar un mozo
muy lindo: mira, y se quita
el sombrero; con que al pronto,
para que él no se pensara
que trataba con un topo,
le hice yo mi cortesía:
él muy atento con otro
besamanos corresponde;
yo, sin quitar de él los ojos,
le hago cortesía nueva:
la tercera vez lo propio
sucede; y yo, siempre lista,
con otra le correspondo.
Se va, y vuelve, y pasa varias
veces, y con mucho modo
me quita siempre el sombrero;
yo plantada como un tronco
en el balcon, le miraba

de hito en hito, sin que en todo
el dia diera puntada,
siendo en mí lance forzoso
pagarle sus cortesías
con otras, porque este mozo
no dixera que tenia
mas crianza que yo; y como
no hubiera sido porque
vino la noche, los ojos
no hubiera quitado de él.

D. LIBORIO.

No va mal.

D.ª ISABELITA.

Pues luego al otro
dia una vieja me viene
á ver, y hablándome en tono
muy compasivo, me dice:
„Bendiga Dios ese rostro
„tan bello, hija, y le conserve
„tan lozano y tan hermoso
„muchos años; pero usted
„no abuse de sus preciosos
„dones, que le ofenderia,
„y sepa que un lindo mozo
„le tiene muy mal herido..."

D. LIBORIO.

¡Haya brúxa del demonio!

D.ª ISABELITA.

¡Yo le tengo, digo, herido!
„Sí, dice, y muy peligroso
„que es su estado: es aquel jóven

„de ayer." Señora, mi asombro,
hago yo, es mucho: ¿cayó,
mientras pasaba ese mozo,
un ladrillo del balcon
sin verlo yo? „No: sus ojos,
„me hace la vieja, hija mia,
„han causado este trastorno;
„y si usted no lo remedia,
„le enterraremos muy pronto."
Mucho lo siento. ¿En qué puedo,
le hago yo, darle socorro?
„Hija, me dice la vieja,
„verla es lo que anhela solo:
„él sanará con su vista
„de la herida que sus ojos
„le hicieron." Con mil amores
venga al punto, le respondo;
visíteme quando guste.

D. LIBORIO.

Vieja, que Lucifer propio *ap.*
traxo á mi casa, el infierno
te pague tu piadoso
mensage.

D.ª ISABELITA.

De esta manera
sanó el mancebo muy pronto.
Diga usted, ¿tuve razon?
Si se hubiera el pobre mozo
muerto por no darle yo
remedio tan fácil, ¿cómo
hubiera dado á Dios cuenta?

Si veo matar un pollo
echo á llorar; ¡y dexára
morir á un hombre que solo
con visitarme sanaba!

D. LIBORIO.

En voz baxa, aparte.

Puede alegar en su abono
su ignorancia; culpa es mia.
¡Que haya sido yo tan tonto
que con mi ausencia dexára
expuesta al diente del lobo
esta simple corderilla!
Mucho me temo que el loco
se haya propasado á cosas,
si no encontró con estorbos,
sobremanera pesadas.

D.ª ISABELITA.

¿Qué es eso? O yo me equivoco,
ó gruñe usted entre dientes;
¿le parece mal mi modo
de proceder?

D. LIBORIO.

No por cierto.
Pero dime ahora, ¿ese mozo
qué hacía quando se hallaba
contigo en visita solo?

D.ª ISABELITA.

¡Ay! estaba tan contento;
no cabia en sí de gozo;
sanó luego de su achaque:
¡me ha dadó un medallon de oro

tan bonito! Y Cosme y Blasa,
vaya, no le quieren poco,
que les da tanto dinero;
asi le queremos todos;
y usted tambien le querria
si le viera entre nosotros.

D. LIBORIO.

¿Pero qué hacía contigo,
quando ambos estabais solos?

D.ª ISABELITA.

Decirme que me queria
mucho; que tenia un rostro
muy peregrino; y mil cosas
tan bonitas, y en un tono
tan amable, que en mi vida
tuve ratos mas gustosos
que mientras se las oia;
¡y aun de acordarme me pongo
tan encendida!

D. LIBORIO.

En voz baxa, aparte.

¡Funesto
exâmen, en que el curioso
es á quien le dan tormento!

En voz alta.

Y dime, despues de todos
esos requiebros ¿te hacia
algun cariño amoroso?

D.ª ISABELITA.

No es nada; se le bañaban
en tierno llanto los ojos,

y me cogia las manos,
y me las besaba, loco
de gozo.

D. LIBORIO.

¿Y no te cogió
mas que la mano ese mozo?
¡Hu!

Viendo que se ha quedado confusa.

D.ª ISABELITA.

Me....

D. LIBORIO.

¿Qué?

D.ª ISABELITA.

Cogió....

D. LIBORIO.

Adelante.

D.ª ISABELITA.

El....

D. LIBORIO.

¿El qué?

D.ª ISABELITA.

No acierto cómo
decirlo, que ha de reñirme
usted.

D. LIBORIO.

No haré.

D.ª ISABELITA.

Sí tal.

D. LIBORIO.

Voto
á quien soy, no.

D.ª ISABELITA.

Deme usted
palabra.

D. LIBORIO.

Bien.

D.ª ISABELITA.

Si conozco
que se ha de enfadar usted,
si lo digo.

D. LIBORIO.

No tal.

D.ª ISABELITA.

Sí.

D. LIBORIO

Otro
te pego: no, no, no, no.
¿Qué te cogió? dilo pronto,
y no me hagas condenar.

D.ª ISABELITA.

Me cogió....

D. LIBORIO.

¡Yo no sé cómo *ap.*
no reviento!

D.ª ISABELITA.

Me cogió
aquel collar tan hermoso
de aljofar, que me dió usted
el dia de San Liborio.
Yo no lo pude estorbar.

D. LIBORIO.

Tomando respiracion.

Salimos en fin de ahogo,
si cogió solo el collar.
¿Pero no te hizo tampoco
mas que besarte las manos?

D.ª ISABELITA.

¿Pues qué, Señor Don Liborio,
se hacen acaso otras cosas?

D. LIBORIO.

No; pero como ese mozo
me dices que estaba malo,
bien te pudo pedir otro
remedio para su achaque.

D.ª ISABELITA.

No hizo; y, por darle socorro,
si él otra cosa me pide,
al instante se la otorgo.

D. LIBORIO.

Aparte en voz baxa.

Demos mil gracias á Dios:
no he sido poco dichoso
en que haya parado en esto;
pero hago solemne voto
de no quejarme de nadie,
si segunda vez me expongo.

En voz alta.

Este lance, Isabelita,
es de tu candor abono.
No te riño; á lo hecho pecho;
pero de veras te exhorto

á que huyas de ese galan,
que su designio no es otro
que el de burlarse de tí,
y satisfacer su antojo.

D.ª ISABELITA.

¿Qué? no señor. Si me ha dicho
mas de cien veces él propio
que siempre me ha de querer.

D. LIBORIO.

No conoces su alevoso
pecho, Isabel; pero sabe
que quien medallones de oro
toma, y escucha requiebros
de esos pisaverdes locos,
permitiendo que le besen
las manos, y le hagan otros
cariños, hace un pecado
mortal, y aquel que mas odio
le tiene Dios.

D.ª ISABELITA.

¡Un pecado!
¿Y por qué le causa enojo
á Dios eso?

D. LIBORIO.

¿Por qué, dices?
Porque son pecaminosos
esos gustos, y los veda
la ley de Dios.

D.ª ISABELITA.

¿Pero cómo
se enoja el cielo por cosas

que se hacen con tanto gozo?
Jamas he tenido ratos,
hasta ahora, tan gustosos,
ni supe que los hubiese.

D. LIBORIO.

Cierto que es muy delicioso
esto de hacerse cariños;
pero, porque sea cómo
Dios manda, es fuerza casarse.

D.ª ISABELITA.

¿Y qué no alcanza el enojo
de Dios á los que se casan,
ni pecan?

D. LIBORIO.

No.

D.ª ISABELITA.

¡Qué gracioso!
Pues cáseme usted al punto,
que eso se despacha pronto.

D. LIBORIO.

Mas lo anhelo yo que tú;
y para casarte solo
he venido de mi hacienda.

D.ª ISABELITA.

¿De veras?

D. LIBORIO.

Sí.

D.ª ISABELITA.

¡Qué alborozo!

D. LIBORIO.

No dudo yo que te guste,

querida, este matrimonio.

D.ª ISABELITA.

¿Quiere usted que ambos nos?...

D. LIBORIO.

Cierto.

D.ª ISABELITA.

Tengo de hacer tantos cocos,
y tantos mimos á usted.

D. LIBORIO.

Verás si te correspondo.

D.ª ISABELITA.

Mire usted; si se chancea
de veras, que me incomodo.
¿Me dice usted la verdad?

D. LIBORIO.

Tú lo verás, y muy pronto.

D.ª ISABELITA.

¿Nos casaremos?

D. LIBORIO.

Sí.

D.ª ISABELITA.

¿Quándo?

D. LIBORIO.

Esta noche.

D.ª ISABELITA.

Riendose.

¿Si? ¡qué gozo!
¡Esta noche!

D. LIBORIO.

¿Qué, te ries?

D.ª ISABELITA.

Sí señor.

D. LIBORIO.

Yo no tengo otro
gusto que dartele á tí.

D.ª ISABELITA.

No puede haber matrimonio
mas á mi placer; mañana
le podré llamar mi esposo.
Vaya usted por él.

D. LIBORIO.

¿Por quién?

D.ª ISABELITA.

¿Por quien será? Por el otro.

D. LIBORIO.

¡El otro! Buena la hicimos.
No se trata aquí de esotro.
El que con usted se casa
no es, señora, el lindo mozo,
que adolece de una herida
mortal que hicieron sus ojos.
Déxele usted que se muera,
que desde ahora dispongo
que no me entre nunca en casa.
Has de hacer oidos sordos;
si te habláre; y si llamáre,
darás con la puerta al mono
en los hocicos, y luego
con un guijarro bien gordo,
que le tires del balcon,
le echarás de aqui, que á todo

tengo yo de estar presente,
sin que él lo sepa. ¿Qué modo
es ese? ¿qué estás gruñendo?

D.ª ISABELITA.

¡Qué lástima! ¡Es tan buen mozo!

D. LIBORIO.

¿Qué se entiende?

D.ª ISABELITA.

Si no tengo
corazon...

D. LIBORIO.

Si chistas, voto
á Dios que... vamos arriba.

D.ª ISABELITA.

¿Quiere usted?...

D. LIBORIO.

Lo que dispongo
quiero que, sin replicarme,
se obedezca; vamos pronto.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

D. Liborio, Doña Isabelita, Cosme, Blasa.

D. LIBORIO.

Sí; te has portado muy bien;
has cumplido sin disputa

con quanto yo te mandé.
El mancebito sin duda
que se habrá quedado helado.
Tanto vale, Isabel, una
persona que á salvamento
nuestra inocencia conduzca.
Tú te hallabas en camino
de perdicion; y segura
era tu condenacion,
si un momento mas escuchas
á quien queria engañarte.
Todos son unos en suma
los mozalvetes del dia,
pelo bien cortado, mucha
chorrera muy bien plegada,
y con esto mas diablura
esconden que Satanás;
siempre estan fraguando alguna
malicia por dar al traste
con aquella que descuida
la guarda de su virtud.
Por fin, de esta barahunda
has salido con honor;
y, segun se me barrunta,
la piedra que le tiraste
no le ha dexado con muchas
esperanzas de que tú
alientes mas sus locuras;
y lo que acabas de hacer
á que acelere estas nupcias
me persuade: mas antes

quiero que escuches en suma
todas las obligaciones
de una doncella que muda
de estado: tú retenerlas
con mucho esmero procura.

A Cosme y á Blasa.

Una silla aqui á la puerta;
y si alguno no executa
lo que mando...

BLASA.

¡Qué! si entrambos
lo tenemos todo en la uña.
Buen perro nos quiso dar
el tal mocito.

COSME.

Que nunca
beba yo vino, si entráre
mas en casa, por mas bulla
que meta: es un majadero.
Anteayer me dió una chupa
que tenia un desgarron.

D. LIBORIO.

Pues sin tardanza ninguna
traed lo que tengo dicho
para comer.

A Cosme.

Tú pregunta
por el vecino escribano,
que quiero que la escritura
de mi casamiento otorgue,
con lo demas que me cumpla.

ESCENA II.

D. Liborio, Doña Isabelita.

D. LIBORIO.
Sentado.

Oyeme con atencion:
suelta, Isabel, la costura,
y no has de pestañearme
mientras yo hable; que es de mucha
importancia lo que voy
á decir, y quiere suma
meditacion... de hito en hito
mirando; no pierdas una
palabra; los ojos puestos
Señalando la frente.
aqui... Tienes la fortuna
de que me case contigo.
Da gracias de tu ventura
á Dios mil veces al dia;
porque, siendo tú de cuna
villana, mi bondad quiso,
sacándote de tu oscura
condicion, llamarte mia,
y á Vizcondesa te encumbra
del Atochal, despreciando
veinte hidalgas cejijuntas,
y algunas lindas y ricas.
En fin, Isabel, tú ocupas
mi lecho; y porque mas bien

tus obligaciones cumplas,
siempre has de tener presente
que quanto eres, á mi mucha
bondad se lo debes todo.
Piénsalo así, y no presumas
jamas alzarte á mayores,
porque yo tampoco nunca
de esta boda me arrepienta.
El matrimonio no es chufla,
Isabel, que trae consigo
obligaciones de mucha
entidad; y yo no quiero
que, por ser mi esposa, arguyas
que has de hacer lo que quisieres,
y vivir á tus anchuras.
El marido ha de mandar
solo en casa, y sin excusa
la muger obedecerle,
que la potencia absoluta
pertenece á los calzones,
y el sexô imberbe sin duda
nace esclavo del barbado.
Aunque la muger es una
mitad del género humano,
no por eso se concluya
que sea igual al varon,
que fuera poca cordura.
Una es mitad soberana,
otra vasalla, y se ajusta
en todo por la que manda:
una es árbitra absoluta,

y la otra su humilde esclava.
Lo que ves que una criatura
hace por obedecer
á quanto su padre gusta;
quanto un buen criado al amo;
quanto un donado procura
contentar al guardian,
y el bisoño de recluta
al sargento, es friolera
todo para la profunda
veneracion y respeto,
humildad y compostura
con que una muger casada,
que con su obligacion cumpla,
ha de mirar á su esposo,
á su gefe, á su amo, en suma,
á su soberano dueño.
La muger que no se asusta
quando el marido le pone
ceño, y no se queda muda,
y sin levantar los ojos
de la tierra, sin disputa
es una mala muger.
En el dia se hallan muchas
que no siguen estas reglas:
no imites nunca esas sucias,
y mira cómo las gentes
de su conducta murmuran.
El diablo anda siempre listo,
y hacernos caer procura
en tentacion; y por eso,

Isabel, te encargo que huyas
de esos mancebitos lindos:
piensa que de tu conducta
pende mi honra, y que con poco
se amancilla ó se deslustra,
porque el honor no consiente
que se anden con él en burlas,
y el demonio en el infierno
tiene calderas profundas
de azufre y de pez ardiendo
para castigar las culpas
de las que contra el honor
pecan: no, pues no hablo en burlas,
sino muy de veras: cuenta,
Isabel, con que si escuchas
dócil todos mis consejos,
tendrás el alma mas pura
y cándida que un armiño.
Pero si el diablo, que busca
ocasion para perderte,
lo logra, quedas mas sucia
y mas negra que un tizon,
y quando mueras, sin duda
te vas derecha al infierno
como un huso, para nunca
jamas ver á Dios: el cielo
de tamaña desventura
te libre. La cortesía...
asi va bien... mira; estudia
un papelito que voy
á darte, y que encierra en suma

quanto deben las casadas
hacer, y merece mucha
contemplacion: no conozco
á su autor; pero es de pluma
bien cortada, y no era lerdo.
Apréndeme una por una
estas reglas de memoria,
hasta tenerlas en la uña
como el beaba, que en esto
nunca daña lo que abunda.
Leelas, á ver si aciertas,

Se levanta.

ó tropiezas en algana.

D.ª ISABELITA.

Leyendo.

Reglas del matrimonio, ú obligaciones de la muger casada, con su exercicio cotidiano.

REGLA PRIMERA.

,La que al conyugal lecho
,el sacramento santo introduxere,
,grabe bien en su pecho
,que, aunque en doscientas lo contrario
viere,
,su esposo para sí solo la quiere.

D. LIBORIO.

Yo te explicaré otro dia
esa máxîma profunda:
ahora lo que conviene
es que sigas la lectura.

D.ª ISABELITA.

Siguiendo.

REGLA SEGUNDA.

,Nunca en vanos arreos
,dinero y tiempo gaste inutilmente:
,quando de su marido los deseos
,satisfechos estan, es suficiente:
,ni importa parecer á todos fea,
,con que para su esposo no lo sea.

REGLA TERCERA.

,Una muger honrada
,no estila colorete,
,pastas de olor, perfumes ni pomada.
,Quien tales cosas á gastar se mete,
,no lo hace por petar á su marido,
,sino por agradar á algun querido.

REGLA QUARTA.

,Los ojos en el suelo
,clavados siempre, ó puestos en el cielo,
,por la calle los lleve,
,porque solo á su esposo mirar debe.

REGLA QUINTA.

,Visitas no reciba
,de otros que los amigos del marido,
,que en esto la opinion de honrada estriba;
,y es uso muy valido
,que los que mas á ver la muger vengan,
,menos que hacer con el marido tengan.

REGLA SEXTA.

,Regalos nunca admita,
,que en el siglo presente

,el que da solicita,
,y la que toma en dar tambien consiente.

REGLA SEPTIMA.

,Tinta, papel y pluma
,la que tiene recato siempre excusa;
,escríbalo el marido todo en suma,
,que la honrada muger ni firmar usa.

REGLA OCTAVA.

,De toda concurrencia
,huya, porque es funesta á la inocencia.
,Alli contra el honor de los esposos
,conspiran mil ociosos.
,Quando concursos tales prohibidos
,esten, irá mejor á los maridos.

REGLA NOVENA.

,La muger recatada
,de aficionarse al juego
,líbrese mas que de caer al fuego;
,porque á veces perdiendo una jugada,
,aventurarse suele
,aquello que al marido mas le duele.

REGLA DECIMA.

,Banquetes y paseos
,á la fuente del Berro en el verano
,son meros devaneos,
,y pruebas de juicio poco sano,
,que, aunque le den barato,
,siempre el pobre marido paga el pato.

REGLA UNDECIMA.

D. LIBORIO.

Luego, quando tú estés sola,

acabarás la lectura;
despues yo te explicaré
las reglas una por una.
Me acuerdo ahora que tengo
un asunto, que es de mucha
entidad, que despachar.
Muy presto volveré: estudia
ese libro, y no le pierdas.
Si el escribano pregunta
por mí, dile que me espere.

ESCENA III.

D. Liborio solo.

D. LIBORIO.

Cierto, fue mucha fortuna
haber topado con tal
muger, con alma tan pura.
Es mas blanda que una cera:
la forma que mas me cumpla
le puedo dar á mi antojo.
En poco estuvo sin duda
que su sobrada inocencia
me traxese desventura;
pero vale mas que peque
por simple que por aguda,
porque á males de esta especie
facilmente se halla cura;
y una simple los consejos
de su esposo los escucha

con docilidad; y si otros
la descaminan alguna
vez, vuelve al camino recto,
asi que se lo insinúa
su marido... ¡Ho! no es lo mismo
muger discreta, picuda,
culta y marisabidilla,
que no hay mollera segura
de desman con ella, haciendo
de nuestros consejos burla,
y tratando nuestras máxîmas
de chochez y paparruchas
de antaño; y si se les planta
en el caletre, no hay duda
hemos de entrar en el gremio,
sin apelacion ni excusa,
que no hay precaucion que valga,
contra sus artes y astucias,
y su habilidad les sirve
para que mejor encubran
sus vicios con el afeyte
de recato y compostura.
Vaya; peor que el demonio
es una muger astuta.
¡A quántos conozco yo,
que por su mala ventura,
no me dexarán mentir!
Pero en medio de esta bulla
estará mi mancebito
maldiciendo su fortuna.
Bien empleado le está.

No callan cosa ninguna
estos galanes del dia:
un secreto los asusta:
si se ven favorecidos
de una dama, lo divulgan
al momento, y se ahorcarán
si todas sus aventuras
no las supiera la gente;
y tan poco disimulan
su vanidad, que á mi ver
aquella que los escucha
ha perdido la cabeza,
y que... aqui viene. ¡Qué mustia
cara tiene! Averigüemos
el motivo de su angustia.

ESCENA IV.

D. Leandro, D. Liborio.

D. LEANDRO.

Vengo de casa de usted...
Parece estrella sin duda
que nunca pueda encontrarle.
Al fin querrá mi fortuna....

D. LIBORIO.

Por Dios, dexemos, amigo,
ceremonias importunas,
que en amistad tan antigua
enojan, si no se excusan.
Tantas personas malgastan

el tiempo en esas tontunas,
que no es cordura imitarlas.
Poniéndose el sombrero.
Esto es decir que se cubra
usted. Vamos; ¿los amores
siguen bien? ¿Esa aventura
va viento en popa? Yo estaba
algo distraido en unas
reflexîones, quando usted
me la contó. Pero es mucha
la presteza con que va;
y el galanteo se anuncia
con tan próspero semblante,
que aguardo buenas resultas.

D. LEANDRO.

Señor Don Liborio, ahora
el lance de aspecto muda;
que ha sucedido á mi amor
un gran reves de fortuna.

D. LIBORIO.

¿Cómo asi?

D. LEANDRO.

La suerte adversa,
que siempre de amor se burla,
traxo al tutor de la niña
á Madrid.

D. LIBORIO.

¡Qué desventura!

D. LEANDRO.

Y es lo peor que ha sabido
la correspondencia oculta

de ambos.

D. LIBORIO.

¿De dónde mil diablos?

D. LEANDRO.

No sé; la cosa es segura.
Esta mañana á las once,
que es la hora que ella acostumbra
recibirme, me presento,
quando, saliendo con furia
el muchacho y la criada,
me gritan: *es importuna*
su visita de usted: fuera;
vaya á buscar aventuras;
y en los hocicos me dieron
con la puerta con gran bulla.

D. LIBORIO.

¡Con la puerta en los hocicos!

D. LEANDRO.

En los hocicos.

D. LIBORIO.

Sin duda
es mucho chasco.

D. LEANDRO.

Les quise
hablar por la cerradura
de la puerta; pero á todo
espondian: *es tontuna,*
no quiere el amo que usted
entre en casa.

D. LIBORIO.

¿Con que, en suma,

ellos no abrieron?

D. LEANDRO.

¡Sí, abrir!
Para sacarme de dudas,
Isabel, desde el balcon,
me lo dixo en voz muy dura,
y tirándome un guijarro.

D. LIBORIO.

¿Un guijarro?

D. LEANDRO.

¡Qué pregunta!
Guijarro, y de buen tamaño,
que, en pago de mis ternuras,
me tiró ella con su mano.

D. LIBORIO.

Mándole mala ventura,
amigo, á su amor de usted.
Digo, y, si usted se descuida,
le abre un palmo de cabeza.

D. LEANDRO.

En verdad me descoyunta
el hombre con su venida.

D. LIBORIO.

Tambien á mí me da mucha
pena; sí, á fe de quien soy.

D. LEANDRO.

En pensarlo se me apura
la paciencia.

D. LIBORIO.

Pero creo
que hallará usted compostura.

D. LEANDRO.

Veremos de encontrar treta
que en su casa me introduzca,
sin que lo huela el zeloso.

D. LIBORIO.

En eso no hay poner duda.
Ello es que la niña quiere
á usted.

D. LEANDRO.

Es cosa segura.

D. LIBORIO.

Pues lo logrará.

D. LEANDRO.

Lo espero
asi.

D. LIBORIO.

Lo que mas le asusta
á usted es aquel maldito
guijarro; pero se apura
sin motivo.

D. LEANDRO.

Eso es muy cierto.
Al punto la mano oculta
conocí de aquel vestiglo,
que en guarda de mi hermosura
anda siempre vigilante.
Pero la parte mas chusca
de la historia es la que queda
por contar, y es una astucia
de la niña, que me dexa
atónito, y que yo nunca

de su inocencia aguardára.
Cierto es que el amor aguza
el ingenio del mas topo;
la inteligencia más ruda
la convierte en un instante
en lince; transforma y muda
al hombre en otro distinto,
y mudanzas absolutas
en un punto, qual si fuera
encanto, las executa.
Hace pródigo al avaro;
al rústico sin cultura
hombre de buenos modales;
al cobarde, que se asusta
de todo, le infunde aliento;
y á la simple vuelve astuta.
El amor este milagro
ha obrado con la hermosura
de Isabel; porque, fingiendo
que me denuesta y me insulta,
dixo, al tirarme la piedra,
alzando la voz: *excusa*
usted de hacerme visitas;
que su vista me importuna;
ahi lleva usted mi respuesta:
y el guijarro, que le asusta
á usted tanto, me traia,
¿lo dirá usted? carta suya;
y tan apropiada al lance
en que se halla, y que se ajusta
de modo á su situacion,

que la muger mas aguda
y mas discreta no hubiera
dictado mejor ninguna.
Es mucho maestro amor:
aquello que él no executa,
nadie lo conseguirá.
¿Qué dice usted? ¿No es astuta
la invencion para una niña
tan inocente y tan pura?
¿Qué piensa usted de la esquela?
¿Le parece bien la astucia?
Y digo, ¿en esta comedia
el zeloso qué figura
está haciendo? ¿no es verdad?
Hable usted.

D. LIBORIO.

Sí; es cosa chusca.

D. Liborio se rie de mala gana.

D. LEANDRO.

No rie usted lo bastante.
Mire usted que es brava burla.
El hombre, al ver que yo quiero
á la muchacha, se asusta,
se atrinchera y fortifica
con guijarros, como en una
ciudadela amenazada
de asalto, y con mucha furia
á la gente de su casa
toda contra mí la azuza;
mientras la niña inocente
le las máquinas que él usa

se vale para escribirme,
y con sus ardides frustra
del zeloso impertinente
la vigilancia importuna.
Yo, no obstante que su vuelta
mis esperanzas destruya,
reviento de risa, amigo,
al contemplar esta burla.
¡Pero usted está tan serio!

D. LIBORIO.

Riéndose de mala gana.

Perdone usted, que me gusta,
y me rio quanto puedo.

D. LEANDRO.

Pues no ha de haber cosa oculta
entre los dos; con que asi
quiero que de mi hermosura
oiga usted leer la carta.
No verá usted de una culta
el estilo; pero sí
el candor y la ternura
de un amor casto, inocente;
bondad angélica; suma
inocencia, y del afecto
primero la impresion pura.

D. LIBORIO.

Aparte, baxo.

¡Bribona! De eso te sirve
saber escribir. ¡Es mucha
maldad! Y eso que previne
que no te enseñaran nunca.

D. LEANDRO.

Leyendo.

Quisiera escribir á usted, y no sé cómo, ni por dónde empezar. Me vienen mil ideas, que deseara que usted las supiera, y no sé cómo decírselas, ni me fio de mis palabras. Ahora que empiezo á ver que me han dexado muy ignorante, me recelo de decir cosas que sean malas, ó que no sea bueno decirlas. Y, cierto, que no sé lo que usted me ha hecho; pero sí que siento á par de muerte lo que me hacen que haga contra usted, y que será para mí de mucho sentimiento el estar sin usted, y que quisiera ser suya. Acaso es malo decir esto; pero yo no puedo menos de decirlo; y quisiera, si fuera posible, que no fuese malo escribirlo. Me dicen continuamente que todos los mozos engañan, que no se les debe dar oidos, y que todo lo que usted dice es mentira; pero le aseguro á usted que todavía no me he podido figurar que no me trate usted verdad, y que sus palabras me agradan tanto, que no me puedo persuadir á que sean falsas. Dígame usted la verdad sin rebozo, porque como yo no tengo picardía, fuera mucha maldad si usted me engañara, que me parece que me moriria de la pesadumbre.

D. LIBORIO.

¡Perra! *ap.*

D. LEANDRO.

¿Qué tiene usted?

D. LIBORIO.

Nada.
Es tos.

D. LEANDRO.

¿Ve usted qué ternura
en la expresion? Es un pasmo,
que una niña que asi educan,
y en tanta sujecion tienen,
tan buen natural descubra.
Cierto que es una maldad,
que no merece disculpa,
haber dexado en tinieblas
de ignorancia tan oscura
inteligencia que luce
tanto, asi que amor la alumbra:
de amor es este prodigio;
y si la suerte me ayuda,
como yo lo espero, el bruto
que la tiene entre sus uñas,
el pícaro, el majadero,
el infame, le asegura
mi...

D. LIBORIO.

Agur...

D. LEANDRO.

¿Se va usted tan pronto?

D. LIBORIO.

Siento mucho que me ocurra
un asunto muy urgente.

D. LEANDRO.

Quiere mi mala fortuna
que la tengan tan guardada,
que lo que mas dificulta
la empresa es no poder verla.
Dígame usted, ¿no barrunta
algun medio de que yo
en la casa me introduzca?
Hablo con toda franqueza,
porque entre amigos hay mutua
obligacion de servirse
en casos tales; discurra
usted que mozo, criada,
en fin, todos se conjuran
contra mí, y por mas esfuerzos
que haga, ninguno me escucha.
Tenia una buena vieja,
que me servia con mucha
idelidad, y que, cierto,
era un portento de astucia,
de la madre Celestina
traslado, y de calenturas
e murió habrá quatro dias.

D. LIBORIO.

Lo pensaré á mis anchuras.
Mas bien á usted es factible
que algun medio se le ocurra.

D. LEANDRO.

Pues á Dios, hasta mas ver...

ESCENA V.

D. Liborio solo.

D. LIBORIO.

¿Habrá alguien que tanto sufra,
y que no reviente? El hombre
toda mi paciencia apura.
No sé cómo me contengo
sin que él conozca la zurra
que me está pegando: y, digo,
¿la bribona tiene astucias?
¿Quién diablos le enseñaria
tanta maldad? Y no hay duda,
ella quiere al picaruelo,
y me aborrece, y se burla
de mí; pues estamos buenos.
Y lo que mas me trabuca
los sentidos, y me pone
en una mortal angustia,
es que la quiero de veras,
de suerte que quien usurpa
mi puesto en su corazon,
dos heridas me hace en una,
en mi honor y en mi cariño...
¡Con que un mocosuelo frustra
mi prudencia, y coge el fruto
de mi afan...! Mi mas segura

venganza fuera dexarla
arrastrar de quien la empuja
hácia su perdicion; pero
fuera mucha desventura
perder la que tanto adoro.
¿De qué sirven mis profundas
meditaciones, si al cabo
de mis años me subyuga
una chicuela sin padres,
sin caudal, de baxa cuna,
que desdeña mi cariño,
que de mis penas se burla,
y olvida mis beneficios;
y, aunque nada se me encubra,
nas la quiero quanto mas
aborrecerla procura
ni pecho? ¡Ha loco! ¿No tienes
vergüenza de la censura
le los demas? Me daria
nil bofetadas por una.
Entraré á ver con qué cara
a bribona disimula
an infame alevosía.
i contra mí se conjuran
os hados, y es signo mio
ue hasta mi mollera cunda
l mal de tantos maridos,
ame á lo menos, fortuna,
a resignacion que sobra
otros para que lo sufra.

ACTO QUARTO.

ESCENA PRIMERA.

D. Liborio solo.

D. LIBORIO.

No puedo parar; no sé
qué hacerme, ni qué medidas
tomar: pierdo la cabeza.
¿Qué haré para que las miras
del mancebito arrimon
queden frustradas? La niña,
¡qué imperturbable descaro!
No, no la turba mi vista;
y aunque ve que estoy sin mí,
mi presencia no la agita.
Mientras mas desasosiego
tengo, ella está mas tranquila,
y mas risueña; y con todo,
quanto me enoja y me irrita
mas la chica, me parece
mas hermosa todavía.
Rabio, grito, me consumo,
y nunca la vi mas linda:
nunca sus ojos mas bellos
me han parecido que hoy dia:
nunca estuve tan prendado.
Vaya, la cosa está vista:

si me la birla el mocoso
ha de costarme la vida.
¿Pues qué? ¡Haberla yo criado,
tomando tan exquisitas
precauciones, y con tanto
esmero, desde muy niña,
para casarme con ella,
quando fuera grandecita:
trabajar, hace trece años,
en prepararla á ser mia:
cifrar en una esperanza
tan alhagüeña mi dicha;
y ahora, que sazonado
el fruto, ya á cogerle iba,
vendrá el otro con sus manos
lavadas, porque á la chica
le ha petado su figura,
á dexarme frio! ¡Linda
cosa fuera, muy donosa!
No, amiguito, no en mis dias.
O yo he de perder el nombre
que tengo, ó todas sus miras
le han de salir al reves,
que no me ha de dar papilla,
como á los niños que maman,
ni hacerme objeto de risa.

ESCENA II.

Un Escribano, Don Liborio.

ESCRIBANO.

Aquí está: á buena hora vengo.
Tenga usted muy buenos dias.
A otorgar esa escritura,
pues que corre tanta prisa,
soy venido.

D. LIBORIO.

Sin ver al escribano, y creyendo que está solo.

¿Cómo haré?

ESCRIBANO.

¿Qué hay que hacer? Se formaliza
conforme á derecho.

D. LIBORIO.

Lo mismo
Quiero
tomar muy bien mis medidas.

ESCRIBANO.

Pues no se recele usted
que yo una cláusula escriba
que le perjudique.

D. LIBORIO.

Lo mismo.
Importa
cerrar bien á la malicia
todos los portillos.

ESCRIBANO.

Basta
que yo el asunto dirija.
La dote que ella lleváre,
antes que usted la reciba,
antecede tasacion,
que hacen personas péritas,
que usted y la novia nombran;
y luego se formaliza
carta de pago y recibo.

D. LIBORIO.

Lo mismo.

Si la gente se malicia
algo, en todas las tertulias
seré el platillo de risa.

ESCRIBANO.

Nadie tiene que saberlo,
si los testigos que firman
son hombres de bien, y callan.

D. LIBORIO.

Lo mismo.

Y qué he de hacer con la niña,
si me sucede un desman?

ESCRIBANO.

Por una ley de Partidas,
de la quarta marital
heredará, si no es rica.

D. LIBORIO.

Lo mismo.

El mucho amor que le tengo
me saca de mis casillas.

ESCRIBANO.

Pues dotarla en ese caso.

D. LIBORIO.

Lo mismo.

No atino, por vida mia,
de qué modo he de tratarla.

ESCRIBANO.

Es disposicion precisa
de nuestras leyes de Toro,
que á la muger en Castilla
la décima de sus bienes
el marido á dar se ciña,
quando mas; pero esta ley
es muy fácil eludirla.

D. LIBORIO.

Lo mismo.

Sí...

Ve al Escribano, y se calla.

ESCRIBANO.

Los bienes gananciales
á ambos cónyuges se aplican
por igual, y es ley sentada
en los reynos de Castilla.
La donacion *propter nuptias*....

D. LIBORIO.

¿El qué?

ESCRIBANO.

Es cosa muy distinta.
El cónyuge, que á su esposa
la tiene en mucha valía,
puede otorgarle escritura

de arras, y en ella se obliga
á darle de quanto tiene
la décima ; le da vistas,
esto es, joyas y preseas,
que las leyes de Partidas
denominan *donadios:*
ni tampoco se le quita
la facultad de donarle,
causa mortis, lo que elija,
y de un modo irrevocable...
Parece que usted me mira.
¿No hablo conforme á derecho?
¿O vengo á que aqui me digan
mi obligacion de escribano?
Pues, cierto, que no sabria
ahora lo que es la dote,
la largueza esponsalicia,
los bienes antifernales.
¿No sé que se comunican
los gananciales, *constante*
matrimonio, acá en Castilla,
y que compete el dominio
al marido mientras viva?
¿Ignoro que el usufructo
de los dotales se aplica
á cargas del matrimonio?
Por eso los administra
el marido, mientras....

D. LIBORIO.

Dale.
Quién diablos á usted le quita

que lo sepa, ni á qué viene
ahora esa tarabilla?

ESCRIBANO.

Usted, que está haciendo gestos,
como si fueran pamplinas
lo que digo.

D. LIBORIO.

Lleve el diablo
al hombre y su letanía.
Agur; en estando solo
siga usted con su maldita
gerigonza hasta mañana.

ESCRIBANO.

¿No me llamaron con prisa
á otorgar una escritura?

D. LIBORIO.

Sí; pero será otro dia,
que han ocurrido otras cosas.
Pues trae el hombre bonita
conversacion para el lance.

ESCRIBANO.

Solo.

Él ha de tener su pizca
de loco, si no me engaño.

ESCENA III.

El Escribano, Cosme, Blasa.

ESCRIBANO.

Yendo hácia Cosme y Blasa, que salen.
¿No es cierto que me queria
hablar el amo?

COSME.

Seguro.

ESCRIBANO.

Pues cuidado que le digan
ustedes, asi que venga,
que es un sandio, con manías
de loco.

BLASA.

Se lo diremos
sin falta.

COSME.

Eso es cuenta mia.

ESCENA IV.

D. Liborio, Cosme, Blasa.

COSME.

¡Señor!

D. LIBORIO.

Venid acá, amigos
fieles, en quien se confian

mis designios: ya me han dado
de quanto os debo noticias.

COSME.

Dice el escribano....

D. LIBORIO.

Dexa
que lo que quisiere diga;
y tratemos de otras cosas
mas urgentes. La malicia
quiere deshonrarme, y fuera
para vosotros mancilla
que vuestro amo sin honor
viviera: se mofaria
todo el mundo de vosotros;
y así, como mi desdicha
cogiera á los dos, conviene
que siempre esteis á la mira,
y que el mocito no pueda....

BLASA.

Toma; eso es cosa sabida:
lo mismo que el Padre nuestro.

D. LIBORIO.

Si os viene haciendo caricias,
no le escucheis.

COSME.

Ni por pienso.

BLASA.

Pues á buen árbol se arrima.

D. LIBORIO.

Si te dice: Cosme, amigo;
ten lástima, por tu vida,

de mi tormento.

COSME.

No quiero.

D. LIBORIO.

Bueno....

A Blasa.

Querida Blasita;
tú, que tienes una cara
tan bonitilla, tan linda....

BLASA.

Noramala.

D. LIBORIO.

Así va bien.

A Cosme.

Quando algo, Cosme, te pida
mas de aquello que Dios mande.

COSME.

¡Picaron!

D. LIBORIO.

Bien, á fe mia.

A Blasa.

Blasa, mira que me muero,
si de mí no te lastimas.

BLASA.

¡Desvergonzado, bribon!

D. LIBORIO.

¡Qué bien dicho!

A Cosme.

Cosme, mira
que yo no quiero que nadie,
sin que le pague, me sirva,

y que te he de premiar bien.
Ahí tienes quatro doblitas
adelantadas; y tú,
Blasa, esa friolerilla
para feriarte un pañuelo.
Ambos alargan la mano, y toman el dinero.
No penseis que se limita
mi gratitud á tan poco.
Lo que ahora solicitan
mis ansias es ver al ama.

BLASA.

Empujándole.
Fuera de aquí.

D. LIBORIO.

Muy bien, hija.

COSME.

Lo mismo.
A la calle.

D. LIBORIO.

Bueno.

BLASA.

Lo mismo
Presto.

D. LIBORIO.

Basta: teneis bien sabida
la leccion.

BLASA.

Pues no; graciosa
condicion gasta la niña.
¿Está á su gusto de usted?

D. LIBORIO.

Menos el que se reciba
el dinero.

BLASA.

Es una cosa
que siempre se nos olvida.

COSME.

¿Empezamos otra vez?

D. LIBORIO.

No: ya no se necesita.
Entrense ustedes en casa.

COSME.

Digo; si le parecia
á usted....

D. LIBORIO.

Ya he dicho que no.
Cuidado con que á la mira
steis: no quiero el dinero
ue os he dado; mas de vista
unca perdais á Isabel,
i dexeis entrar visitas.

ESCENA V.

Don Liborio solo.

D. LIBORIO.

ra que no me la peguen,
sastre de mas arriba
iero traerme al portal;
ella no saldrá, ni á misa,

si no es conmigo; y en casa
no me han de entrar amiguitas,
ni prenderas, ni mugeres
que vendan ricas basquiñas
de lance, buen chocolate
barato, ó mantelería,
y con este achaque traigan
del cortejo la esquelita.
No; conmigo no hay emboque,
que tengo mucha malicia,
y he rodado por el mundo.
Mancebitos, los del dia,
perro viejo todo es maulas;
conmigo no hay engañifas.

ESCENA VI.

D. Leandro, D. Liborio.

D. LEANDRO.

¡Quánto celebro encontrarle
á usted! Es cosa de risa,
pero por poco me sale
cara, la que en esta misma
hora acaba de pasarme.
Me paré junto á la esquina,
quando observo á su balcon
asomada Isabelita,
que estaba tomando el fresco;
me hace una seña; se esquiva,
y me abre por el postigo:

mas no estaba todavía
en su aposento con ella,
quando el zeloso con prisa
trepaba por la escalera.
En una tan repentina
desgracia, lo que ocurrió
mas presto á la pobre niña
fue encerrarme en un armario.
Desde allí yo no le via,
pero le oia dar pasos
descompasados; las sillas
tirarlas; dar de patadas
á un perrillo que le hacia
iestas; dar grandes sollozos,
y romper hasta la china
que habia en la rinconera
del retrete de la chica.
in duda que alguna cosa
a averiguado este dia
e la esquela de Isabel.
Despues de escena tan linda,
n hablar una palabra,
l gran bestia toma pipa,
la muchacha asustada
e saca de mi garita,
me manda que me vaya
punto, por si volvia
Don Marcos; pero tengo
:a propia noche cita
su quarto: quando esté
: la gente recogida,

he de dar cinco palmadas,
que es la seña: Isabelita
abrirá el balcon, y yo
tengo escala prevenida,
y me subo á su aposento.
Amigo, tanta alegría
me tiene fuera de mí,
y rabiaba por decirla
á usted, que es tan buen amigo;
porque no es cumplida dicha
aquella que á los amigos
fieles no se comunica.
¿Qué tal? ¿Llevo en buen estado
mi amor? Pero estoy de prisa:
agur, que quiero poner
al punto las cosas listas.

ESCENA VII.

D. Liborio solo.

D. LIBORIO.

¡Qué asi el influxo maligno
de mi estrella me persiga,
que ni respirar me dexe!
Entrambos á dos se aplican
de tal manera á frustrar
de la vigilancia mia
los conatos, que es prodigio
que su intento no consigan.
¡Asi yo, en mi edad madura,
seré escarnio de una niña

inocente, y de un rapaz
sin juicio; yo que via
desde el puerto los escollos,
donde otros maridos iban
á zozobrar, contemplando
la causa de sus desdichas;
que veinte años he pensado
en ver cómo encontraria
muger, con quien no tuvieran
los mozalvetes cabida;
y que para conseguirlo
he tomado las medidas
mas prudentes y acertadas!
Parece que la maligna
suerte del linage humano
quiere que nadie se exîma
de este fatal contratiempo;
pues que mi filosofia,
mi experiencia, mis profundas
meditaciones fallidas
vienen á salirme todas.
¡La senda que todos pisan
haberla dexado, y luego
cogerme la rueda misma
que á quantos maridos andan
por el mundo! No en mis dias;
no has de salir con la tuya,
aunque te empeñes, maldita
estrella. No; en mi poder
a chica está todavía.
i ese diablo de mozuelo

de su corazon me priva,
veremos si lo demas
mi vigilancia le quita.
Esta noche, que él se piensa
pasarla en su compañía
alegremente, será
mas negra que él imagina.
Por fin no es del todo malo,
que él mismo es el que me avisa
del riesgo que me amenaza,
y que tanto desatina,
que los favores que alcanza
de su propio rival fia.

ESCENA VIII.

D. Antonio, D. Liborio.

D. ANTONIO.

Pues ¿á qué hora cenaremos?
¿á las diez?

D. LIBORIO.

¡Buena noticia!
Hombre, no ceno, que ayuno.

D. ANTONIO.

Es mui graciosa salida.

D. LIBORIO.

Déxeme usted, que me duele
la cabeza, y me fatiga
el hablar.

D. ANTONIO.

¿Y el casamiento

no dixo usted que se hacia
mañana?

D. LIBORIO.

Y quando no se haga,
¿qué importa?

D. ANTONIO.

¡Cómo se irrita
usted! vamos; mas sosiego.
¿Si acaso sucederia,
amigo, al amor de usted
cierta tribulacioncilla?
Apuesto á que es algo de eso.
El semblante asi lo indica.

D. LIBORIO.

Quando hubiera sucedido,
nunca me pareceria
á ciertos esposos mansos,
que lo toman todo á risa.

D. ANTONIO.

Es cosa rara, compadre,
que haya dado en tal manía
hombre de tanto talento
como usted, y que su dicha
la cifre toda en un punto,
que es de tan poca valía
para aquellos que las cosas
sin preocupacion miran.
Se parece usted al heroe
que nuestro Cervantes pinta,
discreto en todos asuntos,
y que siempre desatina,

quando vienen á tocar
su negra caballería.
Ser un logrero, un belláco,
un mandria es menos mancilla,
en el dictámen de usted,
que incurrir en tal desdicha.
¿Pero por qué se figura
usted que mi honra se cifra
en que mi muger se porte
bien? ¿De culpa, que no es mia,
por qué he de pagar la pena
yo? ¿No es palpable injusticia
que ella cometa el delito,
y sea yo á quien castigan?
Este desman de un marido,
no sé por qué, usted le mira
como un espantable monstruo,
cuyo aspecto atemoriza:
no es tanto como usted piensa;
y, quando bien se exâmina,
la cosa (sin pasion) es
indiferente en sí misma;
y todo el daño depende
del modo de recibirla.
La prudencia está en un medio:
quien los extremos evita,
obra con juicio, y nunca
sirve de plato de risa.
Hay maridos majaderos,
que ellos propios precónizan
á los galanes que obsequian

á sus mugeres; los instan
para que las acompañen
en paseos y en visitas;
van con ellos al teatro;
á su mesa los convidan;
de suerte que con razon
todos los ridiculizan.
No apruebo yo esta conducta;
mas tampoco aprobaria
dar en el extremo opuesto
de otros maridos, que gritan
como frenéticos quando
en algun renuncio pillan
á sus mugeres; de modo
que ellos son los que publican
su propia afrenta, y su saña
del mundo el escarnio excita.
De ambos extremos un hombre
de juicio se desvia
igualmente; y, si el influxo
de su estrella le destina
la suerte de otros maridos,
con paciencia se resigna,
como á daño irremediable,
que con quejas no se alivia,
y que al contrario se agrava,
quanto en él mas se cavila:
de modo que el mayor mal,
aun mas que en la cosa misma,
en el modo de tomarla,
á mi parecer, se cifra.

D. LIBORIO.

Por sermon tan eloqüente
debiera la cofradía
darle las gracias á usted,
y muchos se meterian
en el gremio, si le oyeran.

D. ANTONIO.

Eso es cosa muy distinta
de lo que he dicho: un marido
que hace gala de que viva
su muger á sus anchuras,
dixe que me parecia
muy mal: pero, si la suerte
no se le muestra propicia,
haga como el que bien juega,
quando los naypes le pintan
mal, y con su buena maña
el hado adverso corrija.

D. LIBORIO.

Pues: comer, beber, dormir,
y sin dársele ni una higa.

D. ANTONIO.

Cierto: y, para entre nosotros,
otras cosas me darian
mil veces mas pesadumbre
que el azar que atemoriza
á usted tanto: y si me dicen,
ó que una muger elija
que caiga en ciertas flaquezas,
ó otra que esté en una riña
contínua con su marido;

que alborote la familia
con sus gritos; los criados
cada dia los despida;
y que, si lo llevo á mal,
con mucho fuero me diga,
que para eso es muger fiel:
¿piensa usted que escogeria
un demonio de esta especie?
Dexe que se lo repita.
La paciencia de un marido
no es lo que usted se imagina,
que tiene sus cosas buenas.

D. LIBORIO.

Pues no le tengo yo envidia
á quien goza esos contentos,
ni han de citarme en mi vida
como esposo cachazudo.
Primero que tal desdicha....

D. ANTONIO.

¡El mundo da tales vueltas!
¡Ay, compadre! Nadie diga
de esta agua no beberé.

D. LIBORIO.

¡Yo consentir...!

D. ANTONIO.

Pues seria
usted el primero; cierto.
¡Quántos no se trocarian
por usted, ni por caudal
ni mérito, ni familia,
que lo llevan en paciencia!

D. LIBORIO.

Pues yo tampoco querria
ser ellos, aunque me dieran
todo el oro de las Indias.
Vaya; mudemos de asunto,
que hablar de esto me fastidia.

D. ANTONIO.

¿Se enfada usted? Ya sabremos
qué es lo que tanto le irrita.
Compadre, á Dios; sepa usted,
aunque otra cosa le digan,
que el que mas jura que nunca
será de la cofradía
hermano mayor á veces
suele ser andando dias.

D. LIBORIO.

Pues yo juro de no serlo,
aunque dos mil años viva;
y voy para precaverlo
al punto á tomar medidas.

D. Liborio va con mucha priesa á llamar á su puerta.

ESCENA IX.

D. Liborio, Cosme, Blasa.

D. LIBORIO.

Amigos; vosotros siempre
me dais pruebas repetidas
de cariño, y mas que nunca

ahora se necesitan.
Si entrambos desempeñais
bien el encargo que os fia
mi afecto, yo os daré paga
de tanto servicio digna.
El mozo, que ya sabeis,
intenta esta noche misma,
escalando los balcones,
al quarto de Isabelita
entrarse, luego que se haya
recogido la familia.
Pero los tres estaremos
en vela; y quando esté arriba,
ya en el postrer escalon,
silbo yo, y los dos aprisa
acudis, y á garrotazos
le magullais las costillas,
y de modo que se quede
en la cama algunos dias:
pero sin que me nombreis,
ni él pueda caer en malicia
de que soy yo quien lo mando.
¿Os atreveis?

COSME.

Esa es linda.
Para pegar garrotazos
ninguno mejor se pinta
que yo en todo mi lugar.

BLASA.

Te parece que la mia
caso es mano de lana?

¿Es grano de anis la chica?

D. LIBORIO.

Pues adentro, y punto en boca.

Solo.

Si los maridos del dia
les dieran á los galanes,
que á sus mugeres visitan
y regalan, semejantes
lecciones caritativas,
los cofrades de San Marcos
fueran menos á fe mia.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

D. Liborio, Cosme, Blasa.

D. LIBORIO.

Picarones, ¿qué habeis hecho?

COSME.

Lo que usted nos ha mandado.

D. LIBORIO.

Yo, lo que os mandé, bribones,
fue que le dierais de palos,
pero no que le matarais.
¡En qué apuro nos hallamos!
¡Un cadáver á la puerta!
¿Y si de este asesinato
nos acusan, qué diremos!

Volved á casa, y cuidado
con que á ninguno digais
que yo la órden os he dado
de pegarle.

Quedándose solo.

¡Qué desgracia!
¿Qué he de hacer en tal fracaso?
¿Qué dirá su pobre padre
quando sepa el desgraciado
lance? Pero ya amanece.
¿Qué puedo hacer? Discurramos.

ESCENA II.

D. Leandro, D. Liborio.

D. LEANDRO.

Aparte.

Sepamos que ha sucedido.

D. LIBORIO.

Creyendo que está solo.

¡Pensar...!

Encontrándose con D. Leandro, sin conocerle.

D. LEANDRO.

¿Quién está parado
á esa esquina? ¿Es Don Liborio?

D. LIBORIO.

Sí. ¿Y quién es usted?

D. LEANDRO.

Leandro.

A su casa de usted iba,
y para un lance apurado.
Temprano sale á la calle.

D. LIBORIO.

Aparte, baxo.

Sin duda yo estoy soñando,
ó es cosa de encantamento.

D. LEANDRO.

He tenido muy mal rato,
y doy mil gracias al cielo
por haberme deparado
hallar á usted en un lance
que le necesito tanto.
Amigo; todo ha salido
mejor que hubiera acertado
á desearlo; rodada
se me ha venido á las manos
la dicha, y por un suceso,
que á pique de malograrlo
todo me puso. No sé
cómo, ni por dónde diablos
supo la cita el zeloso.
Ello es que ya estaba en lo alto
de la escala, y á deshora
dos hombres con varapalos
se asoman; yo, con el susto,
pongo el pie en falso, y me caigo;
y mi caida me libra
de llevar cien garrotazos.
Ellos, asi que me vieron
en el suelo, imaginaron

que yo, en fuerza de sus golpes,
estaba en tierra postrado;
y, como el dolor me tuvo
sin sentido un largo rato,
creyeron que estaba muerto.
Con esto sobresaltados,
culpándose el uno al otro
del soñado asesinato,
sin luz, y con mucho tiento
á tocarme se llegaron,
á ver si estaba difunto.
Yo en este tiempo callando,
y sin resollar me estaba;
tanto que ellos no dudaron
de mi muerte, y sin tardanza
se huyeron muy asustados.
Pues quando yo me iba á casa,
Isabelita, temblando
de hallarme sin vida, llega,
que atenta habia escuchado
lo que ellos entre sí hablaban,
y en medio del embarazo
y la confusion, se habia
del aposento escapado.
No puedo explicar á usted
su júbilo, al verme sano.
En fin la amable muchacha,
solo á su amor escuchando,
ha resuelto no volver
á su casa, y de mi cargo
dexa su felicidad.

Vea usted, amigo, quanto
arriesgára su inocencia,
si con dobleces y engaños
caminára yo: mas no;
que me tiene tan prendado
su candor, que antes muriera
que abandonarla, y que en vano
mi padre se enojaría,
que ya estoy determinado;
y he de casarme con ella
aunque me costára caro.
Ademas de que mi padre
siempre me ha querido; y quando
no tenga ya otro remedio,
nunca es el leon tan bravo
que no se amanse: por fin,
amigo mio, salgamos
del dia; luego del tiempo
sabremos aprovecharnos.
Lo que quiero que usted haga
por mí, en el crítico caso
en que me encuentro, es que dé
á mi Isabelita amparo
solo por uno ó dos dias,
mientras yo otro albergue le hallo,
donde pueda estar sin susto
escondida, por si acaso
su cerbero hace pesquisas.
Ademas, que fuera extraño,
y lo murmuráran mucho,
si se quedára en el quarto

de un mozo una jovencita.
Por eso es mas acertado
que usted, como buen amigo,
tome esta niña á su cargo,
y, como bien le parezca,
que la ponga á buen recado.
De tan generoso amigo
fio servicio tamaño.

D. LIBORIO.

Cuente usted, amigo mio,
con todo quanto yo valgo.

D. LEANDRO.

¿Con que me servirá usted
en lance tan apretado?

D. LIBORIO.

Ya he dicho que sí, y no puede
el cielo darme mas grato
momento en toda mi vida.
Jamas á nadie he sacado
de apuro con tanto gusto.

D. LEANDRO.

Cierto que son muy contados
los amigos como usted.
Yo me temia que acaso
desechara usted mis ruegos;
mas veo que es un dechado
de indulgencia: ha visto mundo,
y no le causan espanto
las locuras de los mozos.
Ahí queda con un criado
en esa esquina.

D. LIBORIO.

¿Y qué haremos?
porque ya ya haciendo claro,
y si la llevo conmigo,
pueden verme los criados,
y charlar: es mas seguro
que á sitio mas recatado
venga: aquella callejuela
ha de ser, si no me engaño,
buena: sí, que está algo oscura.
Pues, amigo, allí la aguardo.

D. LEANDRO.

Es precaucion muy prudente.
Luego la pongo en las manos
de usted, y me voy corriendo,
porque nadie entienda el caso.

D. LIBORIO.

Solo.

De buena gana, fortuna,
perdono los malos ratos
que me has dado, pues te debo
tan inopinado hallazgo.
Se emboza en su capa, tapándose la cara.

ESCENA III.

Doña Isabelita, D. Leandro, D. Liborio.

D. LEANDRO.

A Doña Isabelita.

Va usted á parte segura:
no tenga ningun cuidado,

que es casa de mucha forma.
Vivir conmigo es echarlo
todo á perder; con que siga
á ese señor embozado.

D.ª ISABELITA.

A D. Leandro.

¿Y qué; me dexa usted sola?
D. Liborio la coge de la mano, sin que ella le conozca.

D. LEANDRO.

Si no es posible excusarlo.

D.ª ISABELITA.

¿Y volverá usted muy presto?

D. LEANDRO.

Nunca, Isabelita, tanto
como desea mi amor.

D.ª ISABELITA.

No tengo sin usted rato
de gusto.

D. LEANDRO.

Y yo sin mi amada
mal en todas partes me hallo.

D.ª ISABELITA.

Si así fuera no se iria.

D. LEANDRO.

¿Pues duda usted que yo la amo?

D.ª ISABELITA.

No tanto como yo quiero
á usted.

D. Liborio tira de ella.

¡Ay que me hacen daño!

D. LEANDRO.

Se aventura mucho, hermosa,
en que nos veau á entrambos
en este sitio; por eso
el amigo, en cuyas manos
á usted dexo, nos da priesa
para que de aquí salgamos.

D.ª ISABELITA.

¡Seguir á quien no conozco!

D. LEANDRO.

Deseche usted esos vanos
temores, que es de fiar.

D.ª ISABELITA.

¿Y mejor con mi Leandro
no estuviera? Espere usted.
A D. Liborio, que tira otra vez de ella.

D. LEANDRO.

Agur, que va ya aclarando.

D.ª ISABELITA.

¿Quando le he de ver á usted?

D. LEANDRO.

Dentro de muy breve rato.

D.ª ISABELITA.

¡Dios mio, quánto hasta entonces
el tiempo se me hará largo!

D. LEANDRO.

Yéndose.

Gracias al cielo, que tengo
ya mi ventura en mis manos,
y puedo dormir ahora
sin susto ni sobresalto.

ESCENA IV.

D. Liborio, Doña Isabelita.

D. LIBORIO.

Embozado, y fingiendo la voz.

Venga usted, que no es ahí
su alojamiento: su quarto,
está puesto en otra parte
mas segura; allí á recado
estará esa personita.

Descubriéndose.

¿Me conoces?

D.ª ISABELITA.

¡Ay!

D. LIBORIO.

¿Te espanto
con mi vista? ¿no es verdad?
¡Ha bribona! ¿Te has quedado
helada, porque no puedes
seguir ya con tu Leandro
tus coloquios amorosos;
porque ves que se acabaron
los requiebros y ternezas?

Doña Isabelita mira, por si ve á Don Leandro.

No mires á todos lados,
que está tu galan muy léjos,
para poder darte amparo.
Ha, ha; tan niña, y ya sabes

jugar con tal desenfado
semejantes morisquetas!
¡Preguntas si los muchachos
no se paren por la manga
de la camisa, y tu quarto
abres de noche á los mozos,
y te vas con gran descaro,
sin que lo sienta la tierra,
con tu cortejo! ¿Quién diablos
te enseñó á decir requiebros,
que charlabas mas que quatro
con él mozalvete? Y, digo,
sin duda se te ha quitado
el miedo de los difuntos,
que andas de noche con tanto
aliento. ¡Picaronaza!
¡Cometer yerro tamaño,
y á mis muchos beneficios
corresponder con tal pago!
¡Serpiente, que yo abrigué
en mi pecho, y con ingrato
ánimo á su bienhechor
pica, luego que ha cobrado
vigor!

D.ª ISABELITA.

¿Por qué riñe usted?

D. LIBORIO.

Pues cierto, que no es el caso
para alterarse.

D.ª ISABELITA.

No veo

que haya yo hecho nada malo.

D. LIBORIO.

¿Con que no es accion infame
el irse con un muchacho?

D.ª ISABELITA.

Si es un hombre que pretende
darme de esposo la mano,
y usted me ha dicho que no era,
en casándose, pecado.

D. LIBORIO.

Sí; pero yo te queria
para mi muger; y claro
te lo he dicho varias veces.

D.ª ISABELITA.

Es cierto; pero, tratando
verdad, para mi marido
me acomoda mas Leandro.
Usted pinta el casamiento
de modo que pone espanto,
y, quando él habla de ser
yo su muger, me da tanto
gusto, que siento en el alma
que no estemos ya casados.

D. LIBORIO.

¡Pícara! Eso es que le quieres.

D.ª ISABELITA.

Mucho que le quiero.

D. LIBORIO.

Alabo
la desvergüenza. ¿Y te atreves
en mi cara á confesarlo?

D.ª ISABELITA.

¿Pues no lo he de confesar,
si es la verdad?

D. LIBORIO.

Buenos vamos.
¿Y por qué le quieres? di.

D.ª ISABELITA.

¡Ay, señor! ¿Lo sé yo acaso?
Él solo tiene la culpa:
mi amor vino sin pensarlo.

D. LIBORIO.

¿Y por qué no combatias
ese amor?

D.ª ISABELITA.

¿Qué viene al caso
combatir lo que da gusto?

D. LIBORIO.

¿No sabias quánto enfado
me dabas con ese amor?

D.ª ISABELITA.

No por cierto: ¿pues qué daño
á usted se le hace?

D. LIBORIO.

Ninguno.
Debo darme con un canto
en los pechos. ¿Con que tú
no me quieres? Dilo claro.

D.ª ISABELITA.

¿A usted?

D. LIBORIO.

A mí.

D.ª ISABELITA.

¡Ay! No señor.

D. LIBORIO.

Cómo no?

D.ª ISABELITA.

Si lo contrario
igo, miento.

D. LIBORIO.

¿Y por qué no
ıe quieres, muger ó diablo?

D.ª ISABELITA.

Dios mio! ¿tengo yo culpa?
Por qué usted, como Leandro,
o se hizo amar? Yo, á fe mia,
o se lo hubiera estorbado.

D. LIBORIO.

siempre en que me quisieras
use todo mi conato,
no sé en qué ha consistido,
ıe no he podido lograrlo.

D.ª ISABELITA.

ıbrá mas en la materia,
ı duda, el otro muchacho,
ɔrque el hacerse querer
le ha costado trabajo.

D. LIBORIO.

iren ustedes si sabe
ɔcurrir con desparpajo
bobita. ¿Una doctora
ɔondiera mas al caso?
y, qué mal la conocia!

Sin duda alguna, en tratando
de estas cosas, una boba
sabe mas que un varon sabio....

A Doña Isabelita.

Puesto que tan bien discurres,
¿te he mantenido con tanto
luxo, á fin que coja el fruto
otro de todos mis gastos?

D.ª ISABELITA.

No, que piensa resarcirlo
todo, hasta el último ochavo.

D. LIBORIO.

Me vuela con sus respuestas. *ap.*

En voz alta.

Norabuena: ¿y los cuidados,
que tu educacion me cuesta,
con qué, dime, ha de pagarlos?

D.ª ISABELITA.

Si vale decir verdad,
no pienso que sean tantos.

D. LIBORIO.

¿Pues no te he dado enseñanza?

D.ª ISABELITA.

Cierto que ha sido un milagro,
y que me puedo alabar
de lo que me han enseñado.
¿Piensa usted, que aunque tan niña,
en mi ignorancia no caigo?
Pues me da mucha vergüenza
de que, teniendo mis años,
sé tan poco; y, si yo puedo,

pronto saldré de este estado.

D. LIBORIO.

¡Ola! ¿Quieres ser doctora,
y que te instruya Leandro?

D.ª ISABELITA.

¿Por qué no? Lo que yo sé,
si puedo decir que sé algo,
¿quién, sino él, me lo enseñó?
De suerte que en tantos años
menos á usted he debido
que en tres dias al muchacho.

D. LIBORIO.

No sé cómo me contengo,
que no le pego un guantazo,
y de su maldita sorna
un bofeton bien vengado
me dexa.

D.ª ISABELITA.

Bien puede usted,
si satisface su agravio
con pegarme.

D. LIBORIO.

Esa mirada *ap.*
y ese acento con mi enfado
acabaron ya, y mi amor
se olvida de todo quanto
me ofendió. ¡Maldito amor!
¿Puede darse mayor flaco
que el querer bien? Las mugeres
son animales livianos,
frágiles, antojadizos;

sin cesar estan fraguando
tretas para que los hombres
se den de veras al diablo:
en suma, son los peores
entes que Dios ha criado,
y nos morimos por ellas,
y gobernar nos dexamos
por sus cabezas al ayre.

A Doña Isabelita.

Esto se acabó ya: hagamos
las paces: yo te perdono,
picarilla, los agravios
que me has hecho, y mi cariño
te vuelvo, como antes; tanto
te quiero: tú, Isabelita,
tambien me querrás en pago.
¿No es asi?

D.ª ISABELITA.

Con mucho gusto
lo hiciera; pero es en vano
esforzarme, si no puedo.

D. LIBORIO.

Sí podrás, monilla, vamos;
haz un esfuerzo. ¿No escuchas
este suspiro inflamado?
Mira qué tiernos que pongo
los ojos. ¿No ves qué guapo
que soy? Dexa ese mocoso.
Sin duda el bribon te ha dado
algun hechizo: verás
qué buena vida pasamos

en matrimonio los dos.
Tendrás siempre barro á mano
para andar muy petimetra,
que es lo que te gusta tanto.
No te reñiré jamas,
aunque me gastáras quanto
caudal tengo: todo el dia
te estaré besuqueando,
y haciendo mimos; por fin
verás que nunca regaño,
aunque tu conducta sea
tal... escuso hablar mas claro.

En voz baxa, aparte.

¡Hasta dónde una pasion
maldita puede arrastrarnos!

Recio.

Mi amor, en una palabra,
es tan grande, que me allano
á hacer quanto tú quisieres.
¿Quieres experimentarlo,
ingrata? ¿quieres que llore?
¿Quieres ver cómo me arranco
el pelo, cómo me doy
de golpes, cómo me mato?
Dime, cruel, lo que quieres,
verás que al instante lo hago.

D.ª ISABELITA.

Todo lo que usted me dice
es gastar el tiempo en vano:
mas hiciera solamente
con dos palabras Leandro.

D. LIBORIO.

Esto ya pasa de raya;
pues me sigues provocando,
saldrás luego de Madrid;
en San Fernando te encaxo:
veremos si alli te olvidas
de ese guapito muchacho.

ESCENA V.

D. Liborio, Doña Isabelita, Cosme.

COSME.

Señor, no sé cómo ha sido;
pero, á mi ver, se ha marchado
el ama con el difunto.
Lo cierto es que faltan ambos.

D. LIBORIO.

Aqui está; llévala á casa,
y enciérramela en un quarto. *ap.*
No la irá á buscar alli
el mocito acicalado;
y luego antes de dos horas
otro alberge le preparo
mas seguro.

A Cosme.

Echa la llave,
y mira bien que te encargo
que no la dexes ni un punto.

Quedándose solo.

Es muy factible que quando

no le vea se le olvide
ese maldito Leandro.

ESCENA VI.

D. Leandro, D. Liborio.

D. LEANDRO.

¡Ha, sin mí estoy de pesar!
Señor Don Liborio, el hado
me persigue; la beldad,
que con tantas veras amo,
me quieren quitar: mi padre
en este instante ha llegado
en posta, y viene á casarme,
sin haberme dicho el trato,
con la hija de Don Henrique,
aquel poderoso Indiano
por quien antes pregunté
á usted. Qual mi sobresalto
puede ser, piénselo usted;
y, si en trance tan amargo
no encuentro quien me socorra,
ha de ser el postrer paso
de mi vida. Apenas supe
de mi desdicha el amago,
quando, sin poder valerme,
por poco me da un desmayo.
En fin, oí que mi padre
estaba determinado
á venir á ver á usted,

y le gané por la mano.
Por Dios que no sepa nada
del empeño en que yo me hallo,
y haga usted por disuadirle
de estas bodas, pues que tanto
influxo tiene con él.

D. LIBORIO.

Ya entiendo.

D. LEANDRO.

Si ahora alcanzo
que se dilaten, me basta.
Despues...

D. LIBORIO.

Pierda usted cuidado.

D. LEANDRO.

Toda mi esperanza tengo
en usted.

D. LIBORIO.

Ya.

D. LEANDRO.

En este caso,
como de un padre, me fio
de usted... Pero ya han llegado.
Apártese aqui conmigo,
y óigame á solas un rato.

ESCENA VII.

D. Henrique, D. Pablo, D. Antonio, D. Leandro, D. Liborio.

D. Leandro y D. Liborio se retiran á una esquina del tablado, y hablan aparte.

D. HENRIQUE.
A D. Antonio.

Al punto que le hube visto
á usted, dixe que era hermano
de mi difunta muger,
que se le parece tanto,
que no vi en toda mi vida
otro tan cabal retrato.
¡Quánto siento que la muerte
me la hubiera arrebatado,
quando ya estaban las cosas
dispuestas para embarcarnos,
y quando el hado, que siempre
le habia sido contrario,
le permitia volver
sin temor al suelo patrio,
y en el seno de los suyos
hallar alivio á sus largos
afanes! Pero el destino
fue con nosotros escaso
de tanta dicha; y asi
solo resta consolarnos

de su dolorosa falta
con la niña que ha dexado:
y aunque yo deba tener
á dicha que dé su mano
al hijo de tal amigo,
como es el señor Don Pablo,
si usted no aprueba este enlace,
no se dará en él mas paso.

D. ANTONIO.

Fuera dar muestras de loco
repugnar á lo que tanto
aprecio merece.

D. LIBORIO.

Aparte á D. Leandro.

Sí;
yo lo compondré.

D. LEANDRO.

Aparte á D. Liborio.

Cuidado
con...

D. LIBORIO.

A D. Leandro aparte.

Nada recele usted.

D. Liborio dexa á D. Leandro para dar un abrazo á D. Pablo.

D. PABLO.

A D. Liborio.

¡Con quánto gusto le abrazo
á usted!

D. LIBORIO.

No es menor mi gozo.

D. PABLO.

Vengo...

D. LIBORIO.

Ya me han informado
de todo.

D. PABLO.

¡Ya usted lo sabe!

D. LIBORIO.

Si.

D. PABLO.

Me alegro.

D. LIBORIO.

Don Leandro
á estas bodas se resiste,
y en secreto me ha rogado
que le disuadiera de ellas
á usted; pero yo, al contrario,
soy de dictamen que deben
acelerarse, y que el caso
exîge imperiosamente
que usted, sin darle mas plazo,
á su hijo case al momento,
que es perder á los muchachos
tolerar sus desvaríos.

D. LEANDRO.

¡Bribon! *ap.*

D. ANTONIO.

Si él á dar la mano
á mi sobrina repugna,
no me parece acertado
apremiarle; y como yo

piensa sin duda mi hermano.

D. LIBORIO.

¿Quiere usted que le gobierne
su hijo? Pues no fuera malo
que dispusiera el mocito,
y obedeciera el anciano.
Seria el mundo al reves.
No, compadre, no: Don Pablo
es amigo íntimo mio:
hace ya que nos tratamos
muchos años, y su honor
me interesa acaso tanto
como el mio: no se diga
que á su palabra ha faltado,
porque es su hijo un calavera,
y él no tuvo en este caso
la suficiente entereza.

D. PABLO.

Bien dicho: no hay que dudarlo:
yo haré que mi hijo obedezca,
sea por fuerza ó de grado.

D. ANTONIO.

A D. Liborio.

No sé por qué en este asunto
toma usted cartas con tanto
calor, no siendo pariente.

D. LIBORIO.

Yo me entiendo.

D. PABLO.

Sí: estimamos,
señor Don Liborio...

D. ANTONIO.

No quiere ser asi llamado.
Vizconde del Atochal se titula.

D. LIBORIO.

No hace al caso.

D. LEANDRO.

¡Qué escucho! *ap.*

D. LIBORIO.

A D. Leandro.

Sí, amigo mio:
de esa manera me llamo.
¿Qué queria usted que hiciera?

D. LEANDRO.

Vaya, está echado mi fallo. *ap.*

ESCENA VIII.

D. Henrique, D. Pablo, D. Antonio, D. Leandro, D. Liborio, Blasa.

BLASA.

Señor, si no acude usted,
se escapará de las manos
Isabel, sin ser posible
retenerla; que ya un salto
quiso dar por el balcon.

D. LIBORIO.

Que venga aquí.

Se va Blasa.

A D. Leandro.

Yo me marcho
al lugar con ella al punto.
Amigo mio; en su caso
no hay mas que tener paciencia,
y acordarse del adagio,
que hasta el fin nadie es dichoso.

D. LEANDRO.

¿Hay hombre mas desdichado? *ap.*
y todo por culpa mia.

D. LIBORIO.

A D. Pablo.

Lo que hay que hacer es casarlos
quanto antes; y mire usted
que soy de los convidados
á la boda.

D. PABLO.

En eso estoy.

ESCENA IX.

Doña Isabelita, D. Pablo, Don Henrique, D. Antonio, D. Liborio, D. Leandro, Cosme, Blasa.

D. LIBORIO.

A Doña Isabelita.

Venga aquí usted, niña, vamos.

¿Con que si no la detienen,
se echa del balcon abaxo?
Aquí está su queridito.
Dígale á Dios, que va largo
el que le vea otra vez.

A D. Leandro.

¿Cómo ha de ser? Es mal trago.
Pero en amor hay sus quiebras,
y á veces lo que pensamos
suele salir al reves.

D.ª ISABELITA.

¿Qué, me abandona Leandro?

D. LEANDRO.

Estoy mortal; este dia
será de mi vida el plazo.

D. LIBORIO.

Vamos, vamos, parlanchina.

D.ª ISABELITA.

No me he de mover un paso.

D. PABLO.

Qué significa esta bulla?
En ayunas nos quedamos
odos.

D. LIBORIO.

No es nada; otro dia
o explicaré mas despacio.
Hasta mas ver.

D. PABLO.

¿Dónde va
sted? Espérese un rato.

D. LIBORIO.

Haga usted el matrimonio
que le tengo aconsejado,
de su hijo, aunque él lo repugne.

D. PABLO.

Sí, señor; en eso estamos.
¿Pero los que de estas bodas
habian á usted hablado,
¿no le dixeron tambien
que la novia, de que estamos
tratando, la tiene usted
en su casa, ha muchos años?
¿Que es la hija de Don Henrique,
que de secreto contraxo
matrimonio con la hermana
de Don Antonio? ¿Qué extraño
viage es ese?

D. ANTONIO.

Por cierto,
compadre, que es usted raro.

D. LIBORIO.

¡Qué...!

D. ANTONIO.

Don Henrique y mi hermana
de secreto se casaron,
y tuvieron esta niña,
que á la familia ocultaron.

D. PABLO.

Y en un lugar se crió
con un apellido falso.

D. ANTONIO.

Por calumnias á salir
de España se vió obligado.

D. PABLO.

Y se marchó á Guatemala,
con mil peligros lidiando.

D. ANTONIO.

Donde hizo mucho caudal,
y ha vuelto á su patria ufano.

D. PABLO.

Y ha buscado á la aldeana,
que de su hija se hizo cargo.

D. ANTONIO.

Que dice que se la dió
á usted hace muchos años.

D. PABLO.

Y que usted por caridad
la niña la ha criado.

D. ANTONIO.

Y él, lleno el pecho de gozo,
su muger á Madrid traxo.

D. PABLO.

Que vendrá luego al instante
ponerlo todo en claro.

D. ANTONIO.

A D. Liborio.

Lo sospecho lo que tiene
usted tan atosigado.
Pero dé gracias al cielo.
Que piensa que es mal tamaño
ser marido, y consentido,

el remedio está en su mano.
No se case el que no quiera
ser cliente de San Marcos.

D. LIBORIO.

Se va fuera de sí, y sin poder articular palabra.

¡Bú!

ESCENA X.

D. Henrique, D. Pablo, D. Antonio, Doña Isabelita, D. Leandro.

D. PABLO.

¿Por qué se va furioso?

D. LEANDRO.

¡Padre! ¡qué feliz acaso!
Las bodas que usted trataba,
las habia de antemano
concluido ya el amor,
y nos habíamos dado
Isabel y yo de ser
esposos palabra y mano.
Por ella me resistia
á dar cumplimiento al trato
hecho ya con Don Henrique.
La fortuna lo ha guiado
mejor.

D. HENRIQUE.

Luego que la vi,
impulsos me estaban dando,

sin poderme contener,
de darle dos mil abrazos.
¡Hija de mi corazon!

D. ANTONIO.

Este no es lugar, hermano,
para hacer esos extremos.
Bien cerca de casa estamos.
Vámonos, que alli podremos
sin escándalo abrazarnos
todos, y daremos gracias
á Don Liborio de quanto
hizo por Isabelita,
desde sus mas tiernos años.

FIN.